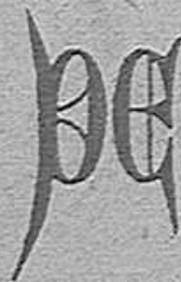




# RECUPERDO

Núm. 1.º

2.<sup>a</sup> ÈPOCA



2 de Octubre

1890.

# SORIA.

TIP. DE P. RÍOJA  
1890  
**SORIA.**







# RECUERDO DE SORIA.

DE 1890.

SEGUNDA ÈPOCA.



2 DE OCTUBRE.

NÚMERO PRIMERO.

Tip. de P. Rioja

—  
SORIA.





# SUMARIO.

## TEXTO.



*Recuerdo de Soria*, por D. Pascual Pérez-Rioja.—*Estilos del país*, por D. Bonifacio Monge.—*El ladrillo de Zamora*, por D. Eduardo Saavedra.—*A la vista de Soria* (poesía), por D. Antonio Pérez-Rioja.—*Un drama en la Sierra*, por D. Enrique Escribano y Hernandez.—*La compra del toro* (poesía), por D. Bonifacio Sanz de Pablos.—*Prisión de los príncipes hijos de Francisco 1.º de Francia en Berlanga*, por D. Nicolás Rabal.—SORIA. *Recuerdos y apuntes*, por D. Lorenzo Aguirre.—*Las ruinas de Numancia*, (poesía) por Fr. Conrado Muiños.—*Dos cartas*, por D. Joaquín Arjona y Gomez.—*Una excursión á Moncayo*, por D. Cecilio Nuñez.—*San Saturio* (poesía), por D. Eduardo M. Azagra.—*Pastores Artistas y Doctores*, por D. Antonio Pérez de la Mata.—PERICÓN, *Coronel de las Tropas Imperiales*, por D. Mariano Granados.—*Á mi pátria* (poesía), por D. Ricardo Tovar Larrubia.—*San Saturio y San Prudencio*, por D. Gregorio Gamarra.—*Á Soria* (poesía), por D.ª María del Buen Suceso Luengo.—*Á la Ciudad de Soria*, por D. C. Lázaro Adradas.—*Al Moncayo*, (soneto), por D. Raimundo Barranco.—*Al Castillo de Gormaz* (soneto), por D. Mateo Pérez y Gonzalez.—*Nuestros grabados*, por D. Enrique Ramirez.

## GRABADOS.



SORIA—Vista general.—NUMANCIA—Cópia del cuadro de D. Alejo Vera.—Vista exterior de la ermita de San Saturio y sus cercanías.—Retablo de San Saturio.—Retablo de Nuestra Señora del Mirón.—SORIA—Plaza Mayor.





OTXET

[Faint, illegible text block]

DEBADOSS

[Faint, illegible text block]

[Faint, illegible markings]



# RECUERDO DE SORIA.



Entre los varios festejos que la antigua, muy noble y muy leal Ciudad de Soria, dedica con gran regocijo, á su tan venerado patrono el anacoreta SAN SATURIO, contábase desde há no muchos años, con uno en extremo digno de la mayor estimación, siendo como la nota saliente de entre los demás, por cuanto tendía á que su efecto traspasase los límites de una agradable impresión del momento, quedando más fija y hasta más honda cual manifestación suprema de la inteligencia y del pátrio sentimiento.

Tal era, la aparición de la *Revista* anual ilustrada, cuyo significativo título es el que sirve de epígrafe á estas líneas.

Una pléyade de escritores sorianos, á cuya cabeza figuraban los Sres. Monge (don Bonifacio) y García (D. Juan José,) daban galana muestra de su ingenio publicando el *Recuerdo de Soria*, nacido al calor de ideas levantadas y de marcado tinte progresivo que demostraban la necesidad sentida de hacer algo con resolución y energía por las nuevas costumbres que á nuestra Ciudad querida cuadrásen bien, dadas sus nobles tendencias en pró de lo útil y lo bello.

Así, y venciendo no pocas y costosas dificultades, arrostradas con verdadero empeño y desinterés, han quedado ya publicados para no borrarse de la memoria de la generación actual como de las venideras, cinco números del *Recuerdo* correspondientes á los años de 1881 al 1884, sin interrupción, y el de 1888; verdaderos jalones del edificio intelectual que Soria, ¡ésta bendita tierra para nosotros! tan mal juzgada como desconocida para muchos extraños, va levantando en el concierto social de los pueblos cultos, poseyendo el doble mérito de que sus aislados esfuerzos sean propios y debidos al carácter íntegro y sóbrio de sus hijos.)

Verdad es, que la ausencia accidental de unos, la desaparición eterna de otros, el alejamiento de la vida literaria de algunos; dificultades nuevas en fin, creadas por las circunstancias, hicieron que las interrupciones vinieran, dejando así el espíritu abatido; más la semilla esparcida había fructificado y quedaban abiertos ámplios horizontes para poderla seguir cultivando.

Por las consideraciones expuestas; en el programa de los festejos de 1889 no se citaba ya la aparición del *Recuerdo de Soria*, y subsistiendo para el presente, nosotros veíamos con pena que iba á dilatarse para años venideros la publicación de esa hermosa revista de los anales literarios de nuestro pueblo, una de cuyas páginas más brillantes ha venido á ocupar.)

(Quedaba todavía entre nosotros el Sr. Monge, digno director de esta publicación, y respetando su alejamiento de la vida activa del periodismo, acudimos á él, pidién-

dole á la par que la autorización debida, su ayuda poderosa para verificar nosotros un intento más, tratando de editar el primer número de esta segunda época del *Recuerdo*.

Concedida aquella y no negado el concurso de su personalidad como de su correcta pluma, hemos trabajado sin descanso para realizar nuestro propósito, quedándonos un recelo, el de si habremos sabido continuar la empresa tan notablemente comenzada.

El *Recuerdo de Soria* tiene una historia bastante honrosa, porque además del justo aplauso de la opinión, ha obtenido un premio en la Exposición literaria de Madrid de 1885, fué favorablemente juzgado por la prensa española, y traspasando las fronteras muy bien acogido por la del extranjero, siendo de ello elocuente prueba, los laudatorios artículos que le dedicó la distinguida *Revista Heráldica* de Pissa.

En nuestro resuelto deseo de continuar el camino emprendido y que el *Recuerdo de Soria* de 1890, pudiera ser digno sucesor de los ya publicados, solicitamos la cooperación valiosa de escritores sorianos que en él ya habian colaborado y de aquellos que por afecto y elevados sentimientos son siempre amantes de nuestro país, debiéndoles á todos por ella, sincera y profunda gratitud.

En la parte artística, luchamos con bastantes inconvenientes para obtener los dibujos, pues la ausencia del Sr. García nos privaba de cumplir con cuanto él, con su diestro manejo de los lápices y poderosa iniciativa, hubiera hecho felizmente sobre el terreno, viéndonos tambien sin el concurso del artista soriano Maximino Peña Muñoz, por causas que debemos respetar.

Mas procuramos obviar los inconvenientes, pues se hallaba entre nosotros un paisano y amigo de toda la vida y con sus aficiones á la fotografía, su exquisito gusto artístico y competencia en bellas artes, trató de complacernos, obteniendo así los asuntos que van tratados en el presente número, cuyos clichés confiamos á los afamados talleres de reproducciones artísticas, helio-grafía y fototipia de los señores J. Thomas y Compañía, de Barcelona, haciendo el tiraje en nuestra pequeña máquina Liberty.

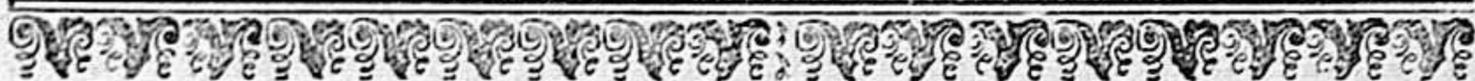
Para el final hemos dejado expresar el testimonio de nuestra gratitud á la Excelentísima Corporación municipal, por el decidido apoyo que ha prestado á nuestra idea y por el entusiasta cariño con que la ha acogido, contribuyendo á su realización á pesar del precario estado de su erario y las múltiples atenciones que la agobian, haciendo extensivo nuestro reconocimiento á la Comisión provincial de la Excelentísima Diputación que tambien acogió el pensamiento ofreciéndonos su establecimiento tipográfico y la suscripción de 25 ejemplares al *Recuerdo*.

Sin la ayuda de todos, no hubiéramos podido realizar nuestra modesta empresa, habiéndola acometido en honor de nuestro país, porque hemos considerado siempre, que la publicación del *Recuerdo de Soria* le honra bajo todos conceptos.

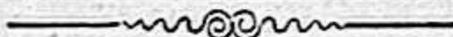
Tales han sido nuestras buenas intenciones, tal nuestra humilde aspiración. ¡Quiera Dios! que el éxito venga á coronar nuestro impulso, y que sea del agrado de nuestros paisanos las obra que tratando de aquilatar más y más las glorias de nuestras letras y monumentos, hoy les ofrecemos.

PASCUAL PÉREZ RIOJA.





## ESTILOS DEL PAÍS.



A través de los tiempos; salvando los efectos modificativos que el trascurso de aquellos opera en las costumbres de los pueblos; flotando sobre la avalancha de radicalísimas reformas que el *incesante* progreso lleva consigo á los hábitos contraidos por una innúmera série de sucesivas generaciones, en determinadas localidades siempre se conservan algunas tradiciones que—ignorando en virtud de que ley socio-biológica, hasta hoy indefinida—no han sido modificadas, ni mucho menos desarraigadas, ni es fácil que ya lo sean, á juzgar por la ineludible prueba á que las condiciones de esta moderna sociedad, eminentemente evolutiva, las han sugetado; y de cuya ruda, si bien no preconcebida batalla, han sabido salir triunfantes y conservándose en la integridad de la forma desde su misterioso cuanto oscuro origen adquirida.

Fúndase tal hecho—según nuestra humilde opinión—en que toda localidad, por conducto de sus actuales moradores, muestra decidido empeño en retener algún indicio de lo que fué su cultura; ó su amor al arte, ó sus acendrados respetos á todo aquello que como bueno y loable iniciaron sus *mayores*;—y cuya memoria es veneranda para los que en el mundo les sucedieron,—ó su sencillez de costumbres, por nada perturbada; ó su fé religiosa é irreductible vocación de ciegos creyentes; etc. etc.

En una palabra; algo que constituya la característica de aquella región, en determinado sentido; de aquél pueblo, de aquella aldea cuyos habitantes al obrar así suponen rendir el más grande y mejor tributo de cariño al suelo que les vió nacer; sagrado para ellos, bendecido una y mil veces por sus lábios.

Dicho se está que allí donde no aparece tan viva ni tan formidable esa radical transformación de que hablamos en un principio; allí donde no se imponen nuevas y diametralmente opuestas necesidades que la *novísima* vida reclama de modo imperioso; allí donde el tráfico y la industria moderna no han penetrado todavía, con el aparato completo de su vertiginoso desarrollo y de sus portentosos adelantos, ni han hecho que el interés mútuo llegue á mezclar las razas y á producir esas generaciones que por lo abigarrado y distinto de sus procedencias matrices llevan impreso el sello de un verdadero cosmopolitismo, es más fácil de observar y de estudiar el hecho indicado, objeto de este insustancial y desaliñado artículo.

Así que, la apartada villa, el oscuro lugar, la diminuta aldea que recostada y medio oculta en un pequeño repliegue del terreno casi pasa desapercibida para quien no tiene noticia prévia de su existencia, y para cuyos *naturales* apenas hay mas mundo que aquél donde alcanza el límite aparente marcado por el horizonte sensible, en el que cielo y tierra aparecen juntarse y confundirse en un beso de amor eternal, esos suelen ser, con más frecuencia que ningunos otros, los teatros de acción perfectamente adecuados para ver representadas, con todos sus detalles, tan estrañas tradiciones.

Y como en esta nuestra querida provincia abundan mucho,— no hemos de afirmar si por fortuna ó por desgracia, aun cuando nuestro pobre y desautorizado criterio nos incline á creer lo último—las villas, lugares y aldeas que reúnen las indicadas modestísimas condiciones, de aquí que esos espectáculos, verdaderamente infantiles, se repitan con inusitada frecuencia en diversos puntos de la misma.

No hemos de hacer desfilas ante vuestra vista,—siquiera fuese tan solo evocando su recuerdo—muchas manifestaciones de ese género, de sobra conocidas por todos los sorianos, y á quienes allá en su juventud, principalmente, impresionaron, de seguro, de modo imborrable.

El zarragón de la animada danza; el ramo de cera vestido con múltiples cintas de churrigueresco gusto mezcladas con los rameados pañuelos de seda de colores chillones que pugnan á porfía hiriendo el sentido de la vista con una intensidad exagerada, y cuyo raro conjunto viene á contribuir la más preciada ofrenda hecha á la imagen de la *Virgen* ó á la del *Santo tutelar*, *Patrón* del pueblo, por la gente *moza* del mismo, que á la celestial protección y generoso amparo del obsequiado fian todas sus cuitas y hasta la realización de sus más risueñas y quiméricas esperanzas, exhibiciones son, repetimos, con las que de hecho estais muy familiarizados.

Pues bien; siguiendo por este campo de observación, nuestro carácter curioso—y aun podríamos llamar genial,—nos hizo, ya hace algún tiempo, fijarnos en una de esas tradicionales costumbres que por no haberla visto descrita en ninguna parte ni comentada por nadie, despertó en nosotros el deseo de hacerlo, y hoy aprovechamos esta ocasión para realizarlo, con lo cual si no recabamos otro mérito habremos hecho resaltar, siquiera, el de la oportunidad.

En efecto: “*primero le faltará el padre al hijo que el hielo al granizo*,”—dice el refrán;—y primero faltaría—decimos nosotros—el orden cronológico en la marcha de los tiempos que llegar los días próximos á la *Semana Santa* sin ver atravesar por las calles de esta Capital, procedentes de los pueblos próximos á ella,—como Renieblas, Buitrago, Garray, Alconaba, Rábanos (los), Golmayo, Carbonera y otros muchos,—varias comparsas de jóvenes aldeanas satisfechas, sonrientes, entusiasmadas, como quien vá á consumir una buena obra; engalanadas con las prendas más valiosas y lucidas de sus típicos y llamativos trages; ostentando en una mano, la que de entre el grupo bien puede considerarse como maestra y directora del original coro, una pequeña imagen del Crucificado que, generalmente, bajo el punto de vista escultórico suele dejar mucho que desear, y entonando unos cantares asaz extraños, con lo que consiguen atraer á su alreedor numeroso auditorio dispuesto á recompensar aquellos generosos esfuerzos con el modesto óbolo que ha de servir para adquirir la cera con la cual se habrá de alumbrar, á porfía, el monumento del *lugar*; primordialísimo objeto de su inocente postulación

Mas no fué tarea tan fácil como á primera vista parece el poder adquirir la letra de esos cantares. Para lograrlo hubimos de apelar á la persuasión, por una parte; y á la oferta solemne de contribuir espléndidamente á los propósitos de las solicitadas—como así lo cumplimos,—por otra. De esta manera pudimos vencer la resistencia que mostraban las cantantes en complacernos ante una pretensión para ellas tan extraña; y al fin la más decidida, mas razonable ó menos suspicaz, se decidió á recitarnos los deseados versos, que tomados á la letra dicen así:

“Las cartas de la baraja  
os comenzaré á cantar,  
para que en cada una de ellas  
comenceis á meditar.

—  
En el *ás* yo considero,  
—¡Bien podeis considerar—!  
que no hay si nó un solo Dios,  
y en *El* no puede haber más.

—  
En el *dos* yo considero,  
aquella suma belleza  
que siendo el Verbo incarnado,  
tuvo dos naturalezas.

En el *tres* yo considero,  
—como cosa cierta y clara,—  
las tres personas distintas,  
de la Trinidad sagradas.

En el *cuatro* considero,  
—y es útil considerar,—  
que ejerciendo buenas obras,  
al cielo hemos de llegar.

En el *cinco* considero,  
—¡y siempre considerando!—  
las cinco llagas de Cristo,  
en piés, manos y costado.

En el *seis* yo considero,  
—como carta prodigiosa,—  
la muerte y pasión de Cristo,  
lamentable y dolorosa.

En el *siete* considero,  
—y esta me sirva de guía,—  
la crucifixión de Cristo.  
y dolores de María.

En la *sota* considero  
aquella mala muger,  
que de la fruta vedada  
á Adán incitó á comer.

En el *caballo* contemplo  
que, triste y avergonzado,  
y desnudo de la *Gracia*  
Adán cayó en el pecado.

En el *rey* yo considero,  
que Rey y Sumo Poder;  
que Rey de Cielos y Tierra,  
se ha humillado á padecer.

—Tú que juegas á los naipes,  
y siempre piensas ganar;—  
estos recuerdos de Dios,  
jamás hemos de olvidar.,,

(INÉDITO.)

Aun cuando la copla no es ningún modelo de perfección en el género, ni como obra literaria raya á gran altura, no deja sin embargo, de encerrar en su fondo pensamientos de marcada trascendencia, bajo el punto de vista religioso expresados con una ingenuidad y una sencillez siempre dignas de encomio.

¿Cuál será su origen? Dada la costumbre, muy extendida por cierto, en los pueblos de escaso vecindario, de solemnizar en familia común ciertos y determinados días del año jugando á los naipes, esos juegos en los que el interés material es lo de menos, y el bullicio y la algazara que producen las diversas peripecias surgidas lo importante, es probabilísimo que alguien que sobresaliese de los demás así en ingenio como en celo por sus creencias, le ocurriese este modo singular de rendirles pleito homenaje durante la época de las aludidas festividades, en las que la Iglesia Católica conmemora el drama del Calvario.

¿Es la rutina, ó es una fé nada amortiguada la que hoy induce á nuestras sencillas aldeanas á continuar en tan antigua tradición?

“Ecco il problema.,,

Bien pudiera ser algo de lo primero, sin que deje de existir, y en bastante escala, la segunda.

—Así lo reconocemos.—

BONIFACIO MONGE.





## El ladrillo de Zamora.



Desde los remotos tiempos de la Edad Media fué opinión general entre los habitantes de Zamora que allí donde había tenido su corte diminuta la infanta doña Urraca, era el sitio de la heroica Numancia. Esta creencia se convirtió en manía cuando el progreso de los estudios clásicos empezó á disipar el involuntario engaño, y con irresistible empuje llevó á las cercanías de Soria el verdadero sitio del espanto de Roma. Aconteció que uno de los primeros cultivadores de la Historia de España, el insigne Florián de Ocampo, canónigo de aquella catedral, quiso decir la verdad de lo que sobre el caso le ocurría, y tal fué la indignación de sus paisanos, que á toda prisa tuvo que echarse fuera é irse á terminar sus días en Córdoba.

El Ayuntamiento de Zamora, mas empeñado cada vez en ser heredero de la numantina gloria, alentaba con premios todo trabajo dirigido, no á averiguar la verdad, si no á demostrar que no había otra fuera de la que á su pueril vanidad cuadraba, y de ahí que se hayan escrito tantos y tantos tomos, con la más curiosa variedad de títulos, para dar siempre en el mismo tema, sin que nadie se ocupara en ilustrar la historia verdadera y las legítimas glorias de la Ciudad del Duero.

No en silencio ni de buena gana se dejaban despojar los sorianos de la posesión de Numancia, cuando en lo mejor de la brega literaria se esparció con gran ruido la noticia de que al fin habían hablado los monumentos con deposición irrefragable en pró de Zamora. En el cerro del Temblajo, á la izquierda del Duero y en frente de la ciudad, donde ya en un primer paso de retirada colocaban los eruditos de la localidad el sitio de la ciudad invicta, apareció un grueso ladrillo, entre otras ruinas romanas, que decía ¡O Numancia! con lo cual ya parecía imposible seguir toda disputa. No se dieron los sorianos por vencidos, y como con ellos vinieron al fin á estar todos los doctos de Europa, se dió en decir que el tal ladrillo, con su letrero, era una superchería de tantas como en varios tiempos se han fabricado en materia de antigüedades, conducentes á demostrar falsedades de mayor ó menor interés personal ó colectivo. El eminente arqueólogo Hübner, ilustrador insigne de la epigrafía española, coloca la inscripción del ladrillo con el número 228 de las falsas en su magnífica colección de inscripciones latinas de España; pero á mi juicio, ni la inscripción es falsa, ni tiene relación con Numancia.

He visto en el archivo municipal de Zamora el famoso ladrillo, guardado en una caja de madera con tapa corrediza esmeradamente hecha, y la amabilidad de aquellos señores me permitió sacar calcos que conservo en mi poder, y según ellos, lo que verdaderamente dice la inscripción es esto:

ONVMACIAI

En ella, el último trazo vertical está unido con el oblicuo inmediato de la A,

de modo que sirve para formar una N enlazada con la misma A á manera de cifra, que desglosada produce esta lectura

### ONVMACIAN.

La interpretación es muy sencilla: la O inicial ó final, en piezas de alfarería romana, significa *Officina*, ó sea taller donde el objeto de barro se ha fabricado. A esta palabra se añadía el nombre del dueño del alfar, que en el caso presente se llamaba *Numaciano*, y por una falta de ortografía se ha reemplazado una *t* por una *c*. Falta de esta clase son frecuentes, sobre todo en los siglos de decadencia á los cuales pertenece con toda seguridad el pequeño monumento, á juzgar por el carácter de la escritura; así pues, la inteligencia completa y corregida del letrero es de esta manera

### *Officina NVMATIAN i.*

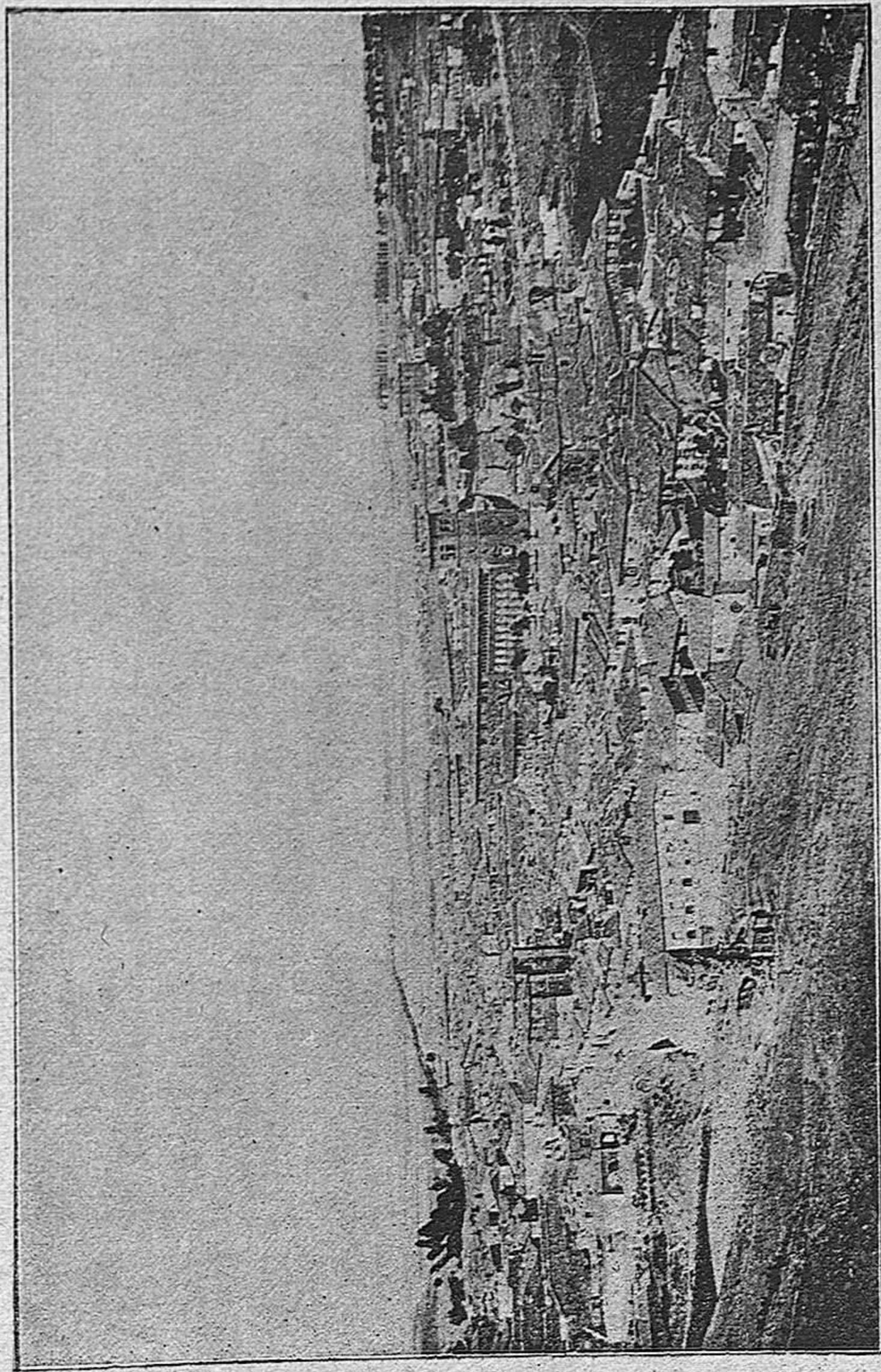
El nombre del industrial romano nada tiene que ver con Numancia. Del antiguo nombre de *Numa*, se deriva el gentilicio *Numatius* y de este el personal *Numatianus*, que sonaba al oído lo mismo que *Numacianus*. Es decir, como fin de cuenta, que el ladrillo dice "*Taller de Numaciano*," y nos dá á conocer que frente á Zamora gastaban los romanos material de la alfarería de este sujeto, allá por los siglos IV ó V de la Era cristiana.

En lo que sí ha habido su poquito de amaño, ha sido en añadir una tilde ó travesaño encima de la A primera según estilo de la escritura de los siglos XVI y XVII á fin de sacar adelante la N que tanta falta hacía para que el ladrillo sirviera de algo. Esto mismo demuestra que no ha sido falsificado, porque el autor de semejante fechoría, puesto á inventar, hubiera sacado el nombre de Numancia enterito, sin dar lugar á dudas y suposiciones, y tampoco hubiera añadido el trazo final que completa la N, con el cual se acaba de desfigurar el nombre pretendido. Debe también ser advertida la marcha que siguen los falsificadores, y consiste en atenerse siempre á algo conocido para copiarlo, y es seguro que á ninguno vendría en mientes plantar una interjección delante de un nombre geográfico. Ni tampoco creo que se descuidaran en poner al revés el trazo oblicuo en la primera N. Queden pues, los zamoranos en pacífica y honrada posesión de su ladrillo tan celebrado, y los sorianos en la ya no disputada por nadie del solar de Numancia.

EDUARDO SAAVEDRA.



Recuerdo de Soria de 1890.



**SORIA.—Vista general.**



## À LA VISTA DE SORIA.

Una yerma llanura, un alto risco,  
los restos de un alcázar señorial;  
á su pié una ciudad de aire morisco  
sumida en un silencio sepulcral.

Un recinto de almenas coronado  
envuelto en brumas de negruzco tul,  
que cual triste fantasma del pasado  
retrata el Duero en su cristal azul.

Conmovido y atónito el poeta  
este cuadro sombrío solo vé,  
cuando derrama su mirada inquieta  
por la comarca que Numancia fué.

Numancia, tierra mía; pueblo santo  
que en sangre de gigantes se bañó;  
heróico solar de Roma espanto,  
luminar que virtudes retrató.

¿Qué fueron tu grandeza y tu heroísmo?  
tu esforzado valor ¿qué llegó á ser?  
¿cómo caer pudiste en el abismo  
donde en sueño letal te llevo á ver?

Perdona, si olvidé que á los Romanos  
digiste airado y con sañuda faz:  
*antes morir que consentir tiranos,*  
y supiste morir. Descansa en paz.

De tu noble solar cual ave fénix

otro robusto pueblo renació;  
ciudad caballeresca que en el cénit  
de los feudales tiempos batalló.

Mas los dorados días de conquistas  
no podían gozar la eternidad;  
el tiempo los hirió; de sus aristas  
orgullosa brotó la nueva edad.

El mercader substituyó al guerrero;  
los libres ciudadanos á la grey;  
el derecho á la fuerza, y el pechero  
igual se hizo al señor ante la ley.

Y en esta brusca transición del mundo  
todo mudó de forma y de color;  
todo giró en el ámbito fecundo  
con ímpetu febril y arrollador.

Nuestro potente siglo va dejando  
las huellas de su paso por doquier...  
Tú sola, ciudad mía, vas quedando  
envuelta en el sudario del ayer.

Otra vez yo, donde canté tus glorias (1)  
contemplando tu aspecto triste estoy;  
¡ah! si anudar pudiera tus memorias  
con laureadas páginas de hoy...

En lugar del fragor de la batalla,

(1) EL ROMANCERO DE NUMANCIA.

ayer encarnación de un ideal,  
cantaría el valor de la medalla  
ganada en el certámen industrial.

que tal vez por tí dobla... ó por los dos;  
que á mí tambien en la batalla humana  
creo sentir que me abandona Dios.

Que si admirable fué la añeja historia  
que inspiró pueblo mio tu valor,  
mayor es y más grande ejecutoria  
la del pueblo con fé y trabajador.

Ese temor, á mi pesar abrigo;  
pero yo no desmayo, lucharé...  
y Dios al fin se apiadará conmigo,  
porque en Él pongo ya toda mi fé.

Pero el trabajo aquí, ¿tiene baluartes?  
tus industriales fábricas ¿dó están?  
los preciados modelos de tus artes,  
tu comercio y productos ¿dónde van?

No son tiempos delánguidos desmayos;  
la lucha agita nuestra inquieta edad,  
el trabajo y la fé son para-rayos  
que pueden eludir la tempestad.

No veo en tu recinto las señales  
de esa lid que otros pueblos dejan ver  
del vapor en las negras espirales  
ó en el bullicio alegre del taller.

Oye, vieja ciudad, mi voz de alerta;  
del siglo en el concierto entra tambien;  
despereza tus músculos, despierta,  
y de Dios y tu esfuerzo espera el bien.

Solo percibo el son de una campana

ANTONIO PÉREZ RIOJA.





## UN DRAMA EN LA SIERRA.



La locomotora atravesará pronto por en medio de esta desconocida región. El silbato de vapor, iniciando un nuevo modo de ser en estos sencillos habitantes, cambiará la escena, transformará la decoración y hará que desaparezca, sin dejar ni el más pequeño recuerdo de su existencia, todo lo que hoy deleita, entusiasma y encanta á los que estudian las sencillas costumbres de los sorianos; cuadros abigarrados y churriguerescos, pero con contornos y tintas que sorprenden y maravillan.

Hoy que el gusto literario se apasiona por la reproducción de lo natural, hoy que el arte narrativo combinando la verdad con la fantasía ha obtenido un merecido triunfo, cuando se ha franqueado el escollo que existía entre la manera de escribir y la manera de hablar, cuando el paisaje se lleva íntegro al libro y las escenas de la vida del campo, de la calleja, de la plazuela, del hogar, se copian de un modo sorprendente, empleando un lenguaje castizo con finuras y matices de estilo, que á nada son comparables, y haciendo sentir la realidad de la acción; veo, con tristeza, próximos á ocultarse bajo la losa del olvido cuadros de costumbres que inmortalizarían la pluma del afortunado escritor que pudiera reproducirlos.

Santander tiene á Pereda, Andalucía á Salvador Rueda, Galicia á la Pardo Bazán, otras regiones de España á Leopoldo Alas, Picón, Palacio Valdés y al autor de "Los Episodios Nacionales,,"; Soria; el país olvidado, la provincia desheredada, no tiene un poeta que sepa inspirarse en las sentidas baladas que cantan los habitantes de sus montañas, ni un escritor que reproduzca las extrañas y antiquísimas costumbres que imperan en sus aldeas.

España es la Nación más apegada á lo pasado, el pueblo mejor hallado con sus antiguos hábitos, el menos agitado por los cuidados del porvenir, y entre todas sus provincias, en ninguna existe el instinto estacionario como en la de Soria.

El valor, la tendencia al aislamiento, la fría calma, el cariño á sus lares, la confianza en Dios y el amor á la religión, la constancia en los desastres y el sufrimiento en los infortunios, la sobriedad y la templanza, son cualidades que adornan á los habitantes de esta comarca, cualidades que se reflejan en sus tradicionales costumbres.



Entre todas ellas, la afición, ó mejor dicho, el apasionamiento que hay en nuestra sierra por los espectáculos teatrales, merece una especial atención.

En los archivos de casi todos los pueblos situados en los Pinares, se guardan como oro en paño, los trages para las comedias, los ejemplares de antiquísimos autos sacramentales y loas, las copias de los papeles de los personajes de dichas obras, las decoraciones, armas, y hasta cotas de malla, siendo el director de la función, durante el tiempo que está en el ejercicio de su cargo, una autoridad respetada y acatada por cuantos toman parte en el espectáculo.

El alguacil del Ayuntamiento se encarga de avisar á las actrices y actores para que concurran á los ensayos, el Alcalde y el Sr. Cura se toman la molestia de presidirlos para que haya el debido orden, y la Corporación municipal, á modo de empresaria, paga el gasto que se hace por el consumo de agua y azucarillos durante la temporada teatral.

Y de aldea en aldea, de casa en casa, se anuncia que en el pueblo de A....va á haber comedias en el día de su santo patrono ó santa patrona, noticia que regocija á cuantos la oyen, pues ni uno solo piensa faltar á tan agradable acto.

\*\*\*

Con motivo de una lucha electoral, me llevó mi buena ó mi mala estrella á una aldea de "Los Pinares," en el día en que se celebraba la fiesta de no me acuerdo que santo. Aún no había descansado de las fatigas del viage, cuando me ví obligado á recibir la visita del Alcalde y dos vecinos, que iban á suplicarme asistiese á las comedias; que aquella tarde se representarían en la Casa Concejo.

Según me manifestaron, *la prueba*, ó sea el ensayo general, que tiene lugar el día antes de la fiesta, con asistencia de un numeroso público y vistiendo los actores los trages que han de ponerse *para la función*, de tal modo que en nada se diferencian las dos representaciones pudiendo considerarse la segunda como una reproducción de la primera, había *salido* muy bien y el escogido público que asistió estaba complacidoisimo anhelando ver otra vez la representación de la *Loa*, el drama "Sancho Garcia," y un sainete original del médico, que les hacía desternillar de risa.

Dí las gracias á los comisionados, pregunté la hora en que daba principio la función, estrañándome dijeran que á las tres de la tarde, y les prometí asistir á *la comedia*, aun cuando me hallaba bastante molestado por haber hecho una larga caminata.

El local de Concejo, espaciosa habitación situada en la planta baja de la "Casa del pueblo," presentaba cuando penetré en ella, un singular aspecto. Las paredes ennegrecidas por el humo de las fogatas que encienden los señores concejales para calentarse durante el invierno, las vigas casi quemadas y una docena de bancos estrechos y bisuntos, formaban un conjunto nada agradable para los que están acostumbrados á admirar la tapicería, los dorados y las pinturas de muchos teatros.

Una multitud de espectadores, el doble, casi el triple de los que permitía el local, vociferaban, chillaban y se empujaban para ocupar los mejores sitios.

Los muchachos á horcajadas en las vigas ó colgados en los machones que formaban el techo del *salón*, con las caras ennegrecidas y los vestidos rotos, parecían una horda de chimpancés gesteros, alborotadores, impacientes y en continuo movimiento.

Las mugeres ocupando un lado de la habitación, completamente separadas de los hombres, reñían, se insultaban y se pegaban por creerse con derecho á este ó á aquél asiento.

El escenario. . . . Pero este merece descripción aparte.

Cervantes en el prólogo á la edición de sus comedias dice "que el escenario de un teatro en tiempo de Lope de Rueda, estaba formado por cuatro bancos en cuadro y cuatro ó seis tablas encima, separados del vestuario por una manta vieja, detrás de la cual se colocaban los músicos para cantar, sin guitarra, algún romance antiguo."

Las comedias que entonces se representaban no necesitaban aparatos, pues eran unos coloquios ó églogas entre dos ó tres pastores y alguna pastora, aderezados con un entremés de negro, de rufian, de bobo ó de vizcaino, de modo que la sencillez de la acción correspondía á la desnudez de la escena. Naharro inventó las tramoyas, las nubes, los truenos y los relámpagos, desafíos y batallas que permitieron representar en tiempo del autor de "El Quijote," sus obras "La Destrucción de Numancia," y La Batalla Naval."

Esta innovación no llegó, sin duda, á los pueblos de nuestros pinares, en los que, aún cuando existe predilección por poner en escena espeluznantes tragedias y dramas, nadie se ha cuidado de introducir reformas en el escenario muy pareciendo al de los tiempos del gran Lope.

El que trato de describir, se hallaba abierto por ambos lados, quedando una tercera parte de los espectadores dentro de la escena. El fondo lo formaban ocho ó nue-

ve tablas pintadas de amarillo, viéndose en el centro una puerta, única en la decoración por la que entraban y salían cuantas personas tomaban parte en el espectáculo. El telón como el *anlxur* ó *signum* de los romanos, en vez de subir, bajaba, estando formado por un lienzo clavado á un machón de los que llaman ventureros, lienzo pintado de azul ostentando en el centro la figura de un gallo con una pata tres centímetros más larga que la otra, por consideración, quizás, á la perspectiva, destacándose debajo del vigilante gallinaceo, por estar hechas las letras con almazarón, la siguiente cuarreta:

Siendo retor, en telón  
el pueblo me ha trasformado.  
¡Ay del pobre desgraciado  
que aquí no guarde . . . . . ¡Chitón!

Ni una mesa, ni una silla, ni siquiera un banco, había en la escena, en la que difícilmente podrían moverse cuatro personas sin peligro de caer encima de los espectadores.

Pero en cambio, ¡con qué ingenio se suple cuanto hace falta! ¿Háy que representar un jardín? Pues se esparcen por el suelo seis ó siete rosas y dos ó tres ramas de pino y ya está hecho. ¿Un ejército? Allá salen dos mozos con las espadas desnudas y, ni el de Jesjes. ¿El mar? ¡Quien repara en pelillos! El actor dice antes de empezar su papel, señalando las tablas del escenario—Señores, estamos en el mar—y todos los espectadores admiran el balanceo de las naves.

Un viejo sentado en el mismo banco que yo ocupaba y que se alababa de haber dirigido en sus buenos tiempos la comedia de Calderon "La Devoción de la Cruz," me manifestó que él había visto representar en aquél escenario una *tragedia* en la que figuraban por un lado Asia y por el otro Africa, una carabana, una batalla naval, tres naufragios y cuatro doncellas dehonradas que daban á luz en la escena.

¡Ver era!

\*\*\*

Los habitantes de la Sierra tienen fama de listos y de ser gente de *buenas maneras* debido esto, sin duda, á su continuo comercio en otras provincias, pues recorren con sus carretas durante cierta época la mitad de España.

Ven y aprenden, llevando á su aldea, los preciosos conocimientos que han adquirido, para trasformarlos según su conveniencia ó sus costumbres.

Mas bebedores de leche que de licores, gozan de la robustez de los habitantes de las montañas y las embalsamadas brisas que aspiran, les hacen disfrutar de una salud envidiable.

En el interior de sus casas, cómodas y limpias, no reina ese desaseo doméstico, ese descuido vergonzoso en que parecen vivir muchos de mis conterráneos, y despréndese como un perfume de la vida de familia y franca hospitalidad que por desgracia, desde hace seis ú ocho años, tiende á desaparecer.

El magestuoso follage de los pinares, las enlazadas cordilleras con sus singulares líneas, sus picos angulosos y sus mesetas; el delicioso verde de las praderas contrastando con el verde sombrío del monte; alguna que otra alta montaña proyectando hacia la llanura sus extribaciones que avanzan, como cabos y aristas erizadas por las negras pirámides que forman los pinos, los numerosos riachuelos que naciendo en la alta sierra precipítanse impetuosos sobre rápidas pendientes, cayendo en estrechos desfiladeros entre rocas salvajes, ó deslizándose con suavidad por verdes praderas, uniéndose, dividiéndose y perdiéndose de trecho en trecho, y los cambiantes de luz que á cada momento modifican los colores dulcificando los contornos, hacen que el paisaje seduzca, fascine y encante, contribuyendo en mucho el modo de ser de los que tienen la dicha de habitar en estos lugares.

Sentado en el banco presidencial, á la derecha del alcalde, mi imaginación se deleitaba reproduciendo tan hermoso panorama, mientras la orquesta formada por un cornetín y una bandurria, se preparaba para lanzar al viento sus armoniosos acordes.

La atmófera era casi insoportable por haberse caldeado y enrarecido á causa de los muchos espectadores que había en el local, el humo de las teas que iluminaban el teatro y los innumerables fumadores entregados á este vicio, y aun cuando era el cuatro de Marzo se sudaba allí la gota gorda, no faltando impacientes que ruidosamente pidieran *se bajase el trapo*.

Se había anunciado la función para las tres de la tarde y eran las cinco cuando dió principio. ¡Dos horas de espera! Algo vale que amenizadas con los solos del cornetín y los acompañados de bandurria, pasaron veloces para la mayor parte del público.

¡La loa! Hace cuatrocientos años era el prólogo alegórico y jocoso de los espectáculos teatrales; las que se representan en nuestros Pinares han perdido su primitivo carácter y tienen mucho de los antiguos "Autos Sacramentales...". El diablo se opone á que en el pueblo de P.... ó de L.... se celebre la fiesta de su santo patrón ó patrona; un ángel le combate: el hombre, á quien procura sujetar el pecado, vence á su enemigo, y cuando el Rey del Averno vé su causa perdida, huye ante la cruz de una espada ó al oír las alabanzas á la Madre de Dios, que cantan diez ó doce doncellas entre bastidores.

Para los que no han visto esta clase de espectáculos, no dejan de ser curiosos, aun que no sea más que por la novedad. Por esto me indignó el que en lo más culminante del acto, ó sea cuando el diablo, al presentarle la cruz, pierde la forma humana que había tomado y aparece ante el público con su horrible figura, su rabo, sus cuernos y sus largas uñas, se armase un escándalo en el sitio que ocupaban las mujeres.

—Maldito seas.—Pillo, tunante.—Así te lleven los demonios.—Arrastrao.—Condenao á muerte—dale, dale, Tomasa.—Sr. Alcaldeeee, Sr. Alcaldeeee....

Esto era lo que gritando se decía y lo que puso en conmoción á todos los espectadores. Hasta el demonio bajó del escenario para ver que era aquello. Una ola humana impedía á la primera autoridad enterarse de la causa de tanto escándalo, que iba en aumento, cuando el alguacil, separando á los curiosos, nos presentó á un joven serrano, desgarrado, aporreado, magullado y hecho un San Lázaro. Era un intruso que, metiéndose por debajo de los bancos logró llegar al departamento de las mujeres, y estas, enteradas á tiempo de su audaz empresa, se habían arrojado sobre él insultándole, y pellizcándole en castigo de tanta felonía. El público aplaudió á las heroínas que con tanto ardor habían defendido su decoro, y el joven fué conducido á la cárcel llevando en su cuerpo el mayor castigo de la falta, pues durante el tiempo que estuvo en el departamento de las damas había recogido millares de pulgas.

Continuó el espectáculo y, *después de quemársele la cola al diablo*, se alzó el telón entre ruidosos aplausos.

Fuí á dar la enhorabuena á los actores, notando, al regresar á mi asiento, que había disminuido mucho el público, formando animados grupos los espectadores que aún permanecían en el local. El alcalde y los concejales también habían desaparecido. Saqué un cigarro, lo encendí y empecé á reflexionar como se valdrían los actores de aquél reducido teatro para poner en escena la composición trágica de D. José Zorrilla, titulada "Sancho García...".

El parque del palacio que forma la decoración del acto primero, la ante-cámara de D. Sancho que aparece en el segundo, siendo sustituida, en la cuarta escena, por el laboratorio del judío; y el comedor ochavado con sus indispensables puertas y ventanas, del acto tercero, era imposible ni aun de figurarse en un escenario tan reducido, abierto por los lados y con una sola puerta.

Y hé aquí el defecto de estos actores pinariegos.

Dicen muy bien el verso, accionan con propiedad, sienten las situaciones culminantes, interpretan regularmente su papel, pero la pasión por lo trágico, la atracción que sobre ellos ejerce el *horror sublime* de las grandes catástrofes obscurece dichas especiales condiciones, y como quieren poner en escena terribles tragedias en las que es indispensable el aparato escénico en un tablado de tres metros; como no pueden vestir el traje de época y lo sustituyen por el que inventa su capricho; como no tienen nada de lo mucho que es necesario para poder representar dichas obras, resulta ridículo y hasta bufo, lo que podía ser agradable y meritorio, si se limitasen á interpretar esas comedias que en medio de una tranquila emoción estética excitan á la hilaridad.

¡Qué "Sancho García"! Cuando después de un entreacto que duró hora y media, bajó el telón y aparecieron la Condesa y Estrella vestidas con refajos encarnados, murmuré una oración como desagravio al gran poeta.

El Conde D. Sancho, que llevaba un traje de trusa hecho con percalina encarnada, y un sombrero hongo con plumas, cada vez que, accionando, levantaba los brazos, tocaba con la mano en las vigas del techo que hacían las veces de bambali-

nas, y, al finalizar el primer acto, se poseyó tanto de su papel, que desbarató de un puñetazo el fondo de un escenario, produciéndose la consiguiente contusión.

\*\*\*

- ¿Cuándo terminará esto, Sr. Alcalde?
- Ya no falta mucho. En cuanto cenén *los comediantes* empezará el segundo acto.
- Debe ser muy tarde.
- Phs. Las once, poco más ó menos. ¿Pero no ha cenado usted?
- Si no he salido de aquí.
- Los del Ayuntamiento hemos cenado en el entreacto anterior.
- ¿Y los demás expectadores?
- También lo habrán hecho, unos aquí y otros en sus casas. Es conveniente ser previsor. Como esto suele durar *un poco*, se acostumbra á traer la cena, ó se tiene preparada fuera, para despacharla en un periquete.
- ¡Y yó que comí á las once y media de esta mañana!
- No sea tonto: en cuanto termine el segundo acto, váyase á tomar un bocado completamente tranquilo, yo haré que no se empice la cosa hasta que usted no venga.
- Seguiré su consejo, pues siento un desfallecimiento....
- Nuestra conversación fué interrumpida por las voces que daba un pinariego bastante grueso y completamente calvo, que se limpiaba apresuradamente la cabeza, oliendo despues del restregón el pañuelo de que se servía y exclamando con grandes voces, hecho una furia.
- Sr. Alcalde, señor Alcalde, justicia, favor á un vecino honrado.
- ¿Qué es eso?
- Que me han llenado la cabeza de . . . . . esos indecentes.
- A ver, á ver. ¿Cómo ha sucedido?
- Estaba en mi asiento, cuando de pronto he notado caia sobre mi calva un chorro de . . . . . y . . . . . pícaros, tunantes, venir aquí á hacer esas cosas.
- ¿Pero quiénes han sido?
- Esos que están en las viguetas.
- A ver. Abajo todo el mundo.
- Resultó que el aldeano se había equivocado, pues él juzgaba . . . . . lo que tan solo era el agua de un botijo que se había roto, cayendo el líquido á chorro, en la calva de aquel buen hombre.
- Reimos mucho con la equivocación, y como el público empezaba á impacientarse, el Alcalde mandó un recadito á los actores.
- Crea usted, me dijo, hay que tener mucho tino. El Barillas que hace de Conde Don Sancho, es un chico *mu espavilao pa todo*, pero con un genio de los diablos. Hace dos años, porque los de atrás metían mucho ruido, dijo á la mitad de la comedia que no quería trabajar, y no hubo fuerzas humanas que consiguieran hacerle desistir. Por su cabezonada tuvo mi antecesor que llevarle á la cárcel, vestido como estaba, de Rey D. Pedro en la *tragedia* "El Zapatero y el Rey."
- ¿Y sucederá lo mismo esta noche?
- Quiá. A mi nadie me la pega. Tengo, por si acaso, tomadas mis medidas.
- Más vale así.

\*\*\*

Lo que sospeché, se estaba cumpliendo. La misma decoración apareció en el acto segundo. Y como nó, si era la única. La antesala del Conde, sirvió para subterráneo del judío Samuel.

¿Cómo se las arreglaron?

Muy sencillamente: continuaron las escenas como si tal cosa y todos entraban y salían por la única puerta, apesar de la *atrocidad* que resultaba de tanta libertad teatral.

Aún cuando me atormentaba el hambre, me agradaba oír los magníficos versos del autor del Tenorio, dichos bastante bien, por el que hacía de moro aunque vestía como un cristiano.

Estaba para terminarse la escena X, cuando se oyó de nuevo en el departamento de las mugeres un tumulto espantoso. Hacía bastante tiempo se notaba algún ruido hácia aquél lado, aminorándolo los siseos del público, pero de repente estalló la tempestad con todos sus furores.

La madre de la Condesa, no pudiendo sufrir que una de las que estaban vecinas se riera siempre que *hablaba* su hija, la increpó en voz baja, pero como continuasen las risitas, alzó la voz y se armó la gorda.

Todos gritaban, nadie se entendía. La Condesa, bajó del escenario para defender á la autora de sus días. El moro, sostenía un altercado con el Alcalde y los concejales que querían continuarse representando para distraer al público, á lo que se negaba Hissen. El Conde D. Sancho se estaba pegando con uno de los espectadores; y á telón corrido, se representó, dentro del local, la escena más tumultuosa que puede imaginarse.

Calmados algún tanto los ánimos, gracias á los "Oíganse ustedes," "Orden, orden," palabras que repetían entre los grupos, el alcalde, los concejales y algunas personas sensatas, se trató de reconstituir la escena. Pero... ¡que si quieres! Hissen estaba dado á los demonios porque á su hijo, que era uno de los músicos, le habían roto la bandurria. El Conde D. Sancho se había quedado sin trusa en la refriega. Doña Estrella estaba con un síncope. El judío Samuel pretendía romperle la cabeza á Elías (el renegado), porque se había bebido durante la *bronca*, toda la limonada; y la Condesa hecha un basilisco, decía á gritos que no continuaba representando, si no llevaban á la cárcel á la *sinvergüenza* que tenia la culpa de aquél tumulto.

Por fin, las súplicas del Alcalde, las amonestaciones del Sr. Cura y mis ruegos, consiguieron apaciguar los ánimos, volviendo á empezar el acto; pues ya nadie se acordaba de las primeras escenas.

Comprendiendo no podría resistir por más tiempo á la debilidad que me aquejaba, supliqué al Alcalde me permitiese abandonar el local y, logrando tan inmenso favor, atravesé por entre los espectadores, pisando á unos y magullando á otros, hasta llegar á la puerta y.

La llave había desaparecido. El alguacil, por orden del Alcalde, á fin de que no pudieran escaparse los actores, se la guardó, despues de cerrar la puerta á piedra y lodo, y sin saber como la había perdido.

Al convencerme de que estaba preso, no pude resistir más y me desmayé.

\*\*\*

Cuando abrí los ojos, ví que estaba acostado en una de las camas del mesón. Llamé, y entró la posadera, quien me contó lo que ignoraba.

Cuando caí desmayado, me llevaron al escenario para que pudiese respirar con mas desahogo. Como la llave no parecía, me tuvieron allí hasta que, terminada la función á las cinco de la mañana, descerrajaron la puerta abandonando el público el local.

Por orden del Alcalde me habían llevado á la posada, desnudándome y metiéndome en aquél lecho, donde me hallaba sin fuerzas para moverme.

Logré, por medio de señas, hacer comprender á mi patrona que necesitaba tomar algún alimento y despues de devorar cuanto me presentó, quedé más tranquilo.

—¿Le gustaron á usted *nuestras comedias*? me preguntó la pobre mujer.

—Mucho, muchísimo. Solo que tengo una sospecha.

—¿Una sospecha!

—Creo he sido el verdadero protagonista del drama que anoche representaron.

—No digo que nó, pues le trageron muy malito. Hoy repiten la función. ¿piensa usted ir?

Dejo á la conderación de ustedes, cual sería mi contestación á la indiscreta pregunta de aquella buena señora.

ENRIQUE ESCRIBANO Y HERNANDEZ.





# LAS FIESTAS DE SAN JUAN.



## LA COMPRA DEL TORO.

S
 révia del *Señor Jurado*  
 la cortés invitación  
 por los *Cuattros* trasmitida,  
 al que digno de este honor  
 considera aquél, acuden,  
 al punto de reunión  
 los invitados, sin miedo  
 á las caricias del sol,  
 por más que es la cosa en Junio  
 y aun no suelen ser las dos  
 de la tarde, cuando parte  
 del *monte* con dirección  
 la lucida cabalgata  
 que al efecto se formó.

Como no es largo el trayecto  
 y hay sobra de animación  
 en todos los que componen  
 aquél vistoso escuadrón,  
 hácese el camino corto,  
 ahuyéntase el mal humor  
 con anédoctas y cuentos,  
 y entre pulla y tropezón  
 va la distancia salvándose  
 como quien dice al vapor.

Llegados de la Verguilla  
 á la venta, hace estación  
 la pequeña hueste, para  
 calmar un tanto el ardor  
 de las ya secas gargantas,  
 con una ronda ó con dos  
 de lo tinto ó de lo blanco,  
 según sea la afición

de unos ú otros, y tornando  
 á montar sobre el bridón  
 que la suerte ó la desgracia  
 á cada cual deparó;  
 vuelven á emprender la marcha  
 de nuevo, con dirección  
 al sitio donde apacentan  
 los novillos que ofreció  
 ceder, algún ganadero  
 al que con antelación  
 y en nombre de la *cuadilla*  
 el *Jurado* consultó.

Vistos aquellos, acuérdate  
 proceder á la elección  
 del que por sus condiciones,  
 por su estampa ó su color,  
 considérase el más bravo;  
 y una vez que se eligió  
 hácese el ajuste, pídesse  
 á los *Cuattros* su opinión  
 dánla, consúmase el trato  
 y échase un trago, en honor  
 de los invitados todos  
 y del que los invitó.

Terminada ya la parte  
 primera de la función,  
 procédese á la segunda  
 que suele ser la mejor,  
 por más que haya dicho alguno  
 que en otros tiempos vivió,  
 que no fueron nunca buenas  
 segundas partes; y al sol

ó á la sombra, se improvisa  
sobre el mullido colchón  
que ofrece el frondoso césped,  
espacioso comedor  
dó la clásica tortilla  
de chorizos, el jamón  
y la sabrosa ternera  
con su perfumado olor,  
están diciendo, comédme  
que estoy guisado al reloj.

La plebeya bota, en tanto,  
repleta de peleón,  
no cesa de dar la vuelta  
de aquel mundo en derredor,  
y remojando gargantas,  
y prestando animación  
de su contenido en cambio,  
consigue que el buen humor  
hágase extensivo á todos  
los de aquella reunión,  
que á un tiempo comen, y rajan,  
y trincan, que es un primor.

Cuando al declinar la tarde  
comienza á ocultarse el sol,  
el regreso se dispone,  
y con no menos calor  
y algo más peso en algunas  
cabezas, que cuando adiós  
dijeron á los amigos  
al dejar la población,

la caminata se emprende;  
y al llegar al *Espolón*,  
suena un ¡“Viva la cuadrilla!”,  
lanzado con ronca voz  
por alguno, al que contestan  
con un viva atronador,  
todos cuantos forman parte  
de la hueste ó pelotón;  
y dando entusiastas vivas  
que con sin igual ardor  
son contestados por todos,  
en correcta formación  
atraviesan el *Collado*,  
y hasta la Plaza mayor  
bajan, de grandes y chicos  
cautivando la atención.

De aquesta misma manera  
hoy una, mañana dos  
van á comprar, las cuadrillas,  
el toro que es de rigor  
que todas presenten, salvo  
San Martín, que es la escepción  
de la regla, por la poca  
gente que cuenta ó contó  
cuando en diez y seis de aquellas  
la Ciudad se dividió.

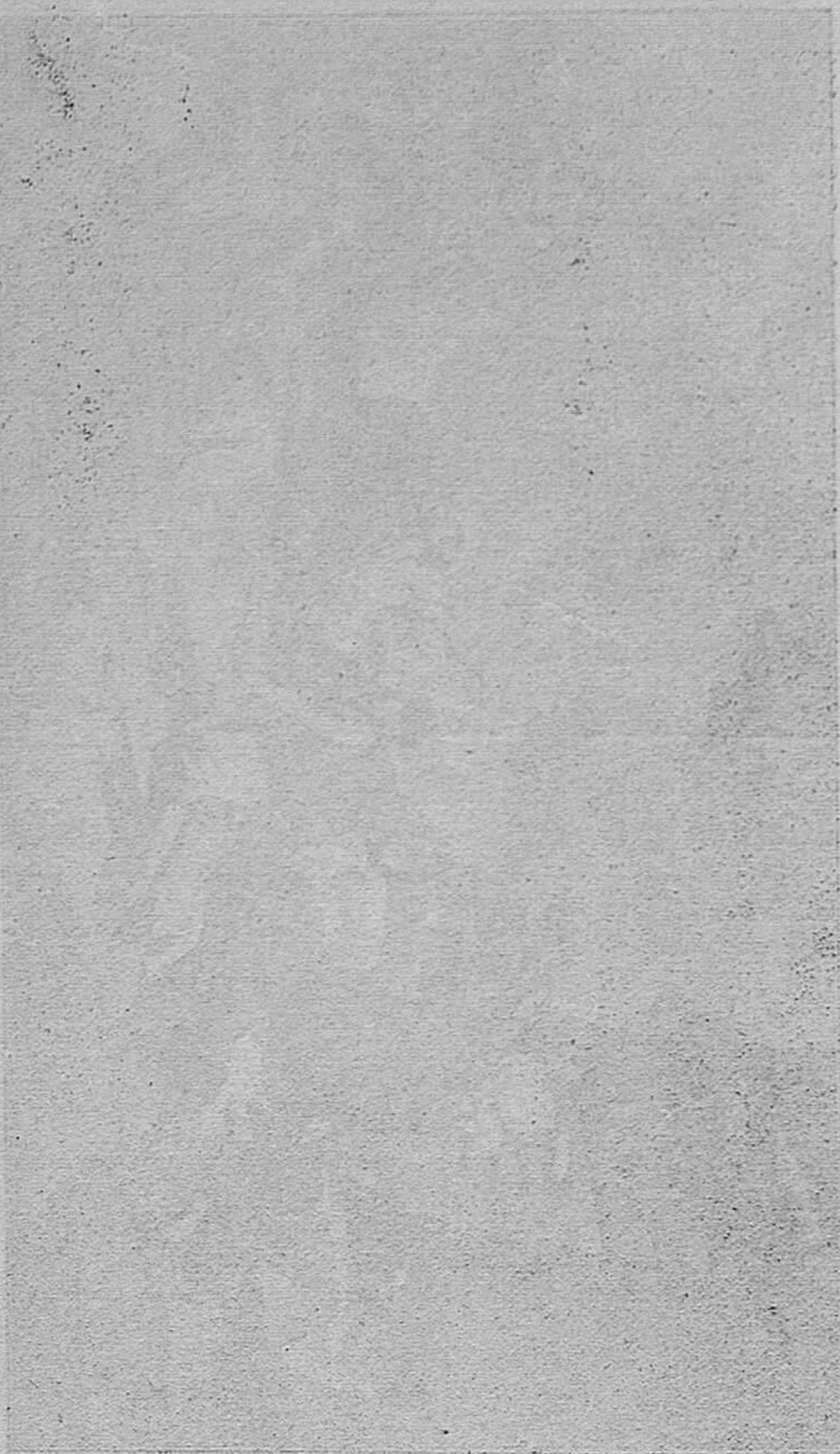
BONIFACIO SANZ DE PABLOS.



Recuerdo de Soria de 1890.



NUMANCIA.— Cópia del cuadro de D. Alejo Vera.



STANDARD OF QUALITY

STANDARD OF QUALITY

Recuerdo de Soria de 1890.



NUMANCIA.— Cópia del cuadro de D. Alejo Vora.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

PRINTED IN GREAT BRITAIN



# PRISIÓN DE LOS PRÍNCIPES

## HIJOS DE FRANCISCO 1.º DE FRANCIA

### EN BERLANGA.



**D**esde el reinado de los reyes católicos hasta el advenimiento de Felipe V. se suspende en las crónicas la historia de Soria porque apenas se registran más sucesos políticos que el casi desapercibido alzamiento de los Comuneros. Y es, que por la unión de los reinos de Aragón y Navarra con Castilla, la provincia de Soria se confunde con las demás provincias, y ya no es ella el teatro de las guerras y sucesos políticos como lo fuera en la Edad Media. Sin embargo, en las guerras de Italia sostenidas contra Francisco 1.º de Francia, Soria debió dar su contingente que se pusiera á las órdenes del marqués de Pescara y Antonio de Leiva, porque si bien no se encuentra en verdad confirmado, los cronistas aseguran que fué un hijo de la provincia el que rindió y recibió la espada del monarca francés hecho prisionero. Pero viniendo á nuestra tierra, lo que sí está probado y merece recordarse es la estancia ó prisión de los príncipes, el Delfín y el Duque de Orleans en la villa de Berlanga.

En los tratos que mediaron para poner en libertad al real prisionero de Pavía, se estipuló que habían de darse en rehenes estos príncipes. La entrega se hizo con todas las formalidades y seguridades en la isla de los Faisanes del Bidasoa, canjeando por ellos al padre prisionero.

Los jóvenes príncipes se confiaron para su guarda al condestable D. Iñigo Fernandez de Velasco, que los llevó por de pronto á Villalpando, más como este tuviera precisión de pasar á la corte y quisiera dejarlos á buen recaudo, los hizo traer á Berlanga, entregándolos para su custodia á su hijo D. Juan de Tovar, marqués de esta villa y los aposentaron en la fortaleza de la misma. Allí estuvieron hasta que muerto D. Iñigo Fernandez de Velasco, el Emperador mandó á Rodrigo Niño, Gentilhombre, en 29 de Mayo de 1529, para que recibiese en su nombre á los príncipes y los entregara de nuevo al mismo marqués y á su hermano D. Pedro Fernandez sucesor de su padre en el cargo de Condestable exigiendo de ellos el pleito homenaje y palabra de guardarlos con fidelidad y entregarlos al Emperador ó á quien este mandase.

A su costa mantuvieron el marqués y su hermano á los príncipes franceses y al maestro Teocrema y demás servidores que les acompañaron haciéndoles la corte en su noble prisión sin que por ello recibieran *más que buenas palabras* del rey su padre al decir del historiador Sandoval; pero duro fué el trato también que en Berlanga y Pedraza á donde por fin para mayor seguridad los trasladaron, recibieron los príncipes á juzgar por la sentida relación que del estado en que los encontró hizo el por-

tero Vordín enviado por su abuela Madama Luisa para saber como se hallaban en la prisión.

Llegué (dice el uxier ó portero) á Zaragoza, de donde partí á Tudela de Navarra y de allí seguí sin detenerme en el camino hasta llegar á donde estaban presos mis señores el Delfin y Duque de Orleans. Y un sábado en la tarde, antes de entrar en la villa topé seis soldados de la guardia de la dicha villa, que me detuvieron hasta que el uno de ellos fué á decir al marqués de Berlanga como yo estaba allí, el cual marqués es hermano del Condestable del Castillo y tiene la guarda de los dichos señores.

Llevóme el marqués (sigué diciendo el uxier) á una pieza del Castillo harto oscura y pobre, sin tapicería ni otros paños algunos, sino unos paveses colgados.

Aquí estaban los dichos señores sentados en unos poyos pequeños de piedra junto á una ventana que estaba guarnecida por dentro y por fuera de gruesas rejas de hierro y las murallas de ocho piés de grueso, y la ventana tan alta, que apenas los señores alcanzaban á ver el cielo y luz del día, lugar por cierto bastante impropio para tener presos por grave crimen, personas de menos suerte; y demás de esto, el dicho lugar melancólico y poco sano para príncipes de tan tierna edad como mis señores son, y que parecía imposible poder estar mucho sin caer en alguna enfermedad y notorio peligro de sus personas. Estaban muy pobremente vestidos, porque no tenía cada uno sino un sayo de terciopelo negro con vuelta sin cinta de seda y sus calzas blancas y zapato de terciopelo negro, todo tan viejo y pobre, que del sitio de su prisión y trage de los vestidos me dió un gran dolor contenerme sin derramar muchas lágrimas.

Dirijióles el uxier la palabra en francés saludándoles en nombre de su abuela la Reina y animándoles con el anuncio de su próxima libertad, pues se estaba ya en tratos de paz, (la que tuvo lugar en Cambrays) mas el Delfin le rogó dirigiéndose al Marqués de Berlanga, que si sabía les hablara en español y si nó les hiciera el Marqués el favor de servirles de intérprete porque en el tiempo que llevaban en rehenes habían olvidado el idioma por falta de uso. Así era en efecto, porque desde el principio les habían impedido la comunicación con el Maestro Teocreino y demás servidores que habían venido con ellos por temor de que estos preparen su fuga.

Una hora se permitió nada mas al portero Vordín conversar con los príncipes y delante del Marqués de Berlanga obligándole á retirarse á la posada que se le tenía preparada y diciéndole que otro día se le permitiría repetir la entrevista. Pidió entonces no más Vordín el permiso para entregar á los príncipes unos sencillos regalos que les traía de parte de su abuela, consistentes en dos gorras de terciopelo guarnecidas de chapería de oro y plumas blancas, pero el Marqués le contestó que se las enviara á su palacio y él se las traería al otro día. Pidió por fin el uxier permiso para tomar al Delfin medida con una cinta para que su abuela viera lo que había crecido en la prisión, pero tambien se le negó por el Marqués de Berlanga esta gracia y era porque en España tenían la creencia de que en Francia había gentes que si viesen cosa que hubiera tocado á los príncipes, por arte mágica y de hechicería los sacarían salvos de la prisión.

Por esta misma supersticiosa creencia, al otro día mandó el marqués á su vasallo Andrés de Peralta que se llegara á la posada de Vordín y le pidiera las gorras para llevárselas á los príncipes, y entrando solo en la prisión se las enseñó á larga distancia preguntándoles si serian gustosos en que él se las guardase. Contestaron los príncipes que sí pero que se las acercára un poco más con el fin de verlas mejor y enterarse de los adornos, que á la distancia en que se las presentaba no distinguían claramente, más el caballero procuró sobre todo que los príncipes no pusieran sus manos en las gorras por temor de que si las tocaban se volaran al través de las rejas ó muros por los aires á Francia.

Más detallada es aún la relación del portero Vordín, pero con esto basta por lo que atañe á la historia de Soria, y lo que interesa conocer para formarnos una idea clara de la extremada sencillez con que vivían los reyes en el siglo XVI y la general superstición de aquellos tiempos, en medio, cosa extraña de la cultura á que habia ya llegado nuestra España.



# SORIA.



## RECUERDOS Y APUNTES.



Desde que el incansable D. Nicolás Rabal publicó su concienzudo resúmen historial de Soria, obra admirable por la consideración del estudio profundo y de la constancia y laboriosidad que solo es dado emplear al hombre inteligente, que á estas esclarecidas dotes une la de un acendrado amor á la pátria, cuyas glorias compéndia por modo bastante á evitar el cansancio que se apodera del lector al encontrarse con digresiones impertinentes para el objeto á que el autor se dirige, de lo cual es muestra la antigua historia de una de las glorias mas reverenciadas en nuestra ciudad, á los pobres aficionados se nos ha reducido á tan estrecho círculo, que apenas podemos recoger alguna espiga en el campo tan magistralmente cultivado por nuestro estimado amigo, el sábio profesor del Instituto provincial.

De aquí que saludando con el más profundo respeto al escritor que despues de largas vigiliass estudiando con incansable constancia los archivos que han estado á su alcance, luchando tal vez con dificultades físicas que á muchos hubieran detenido, haciéndose superior á toda contrariedad, ayudado por el poderoso esfuerzo de su talento, entresacando lo más selecto, entre lo mucho que existe, de la gloriosa historia de nuestro país, para darlo á la estampa vindicando á Soria como lo hace, desde las primeras líneas de la elocuente introducción á su obra, de la injustísima depresión con que la han tratado sus detractores, desde el modesto retiro á que las dolencias físicas y no escasas contrariedades de la vida nos han reducido, escitados por el entusiasmo que, por un momento siquiera, viene á dar trégua al frío de la vejez, antes de descender á aquellas riberas de las cuales jamás se vuelve, hacemos esta ligera demostración de nuestros respetos mas distinguidos.

No hemos de terminar este periodo, sin recordar, con toda la consideración que es debida, al nó ménos inteligente y laborioso D. Antonio Pérez Rioja, del cual más de una vez nos hemos ocupado en los números del antiguo *Recuerdo*. Del Señor Rioja que perteneciente á la familia de escritores, su jefe nuestro malogrado amigo don Francisco, tan oportunamente citado por D. Joaquín Arjona, en cuyas obras, singularmente en "La Crónica de Soria," y en "El Romancero de Numancia," con tanto brío ha sabido defender á Soria, ya en correctísima prosa, ya en sus delicadas poesías, abriendo la marcha en la narración de sus más gloriosos hechos, y haciendo demostración de la necesidad por todos reconocida de la obra llevada á cabo por el Sr. Rabal.

Por último hemos de rendir el tributo de nuestra admiración muy distinguida al

eminente sábio, académico, lingüista, unánimemente respetado por todos los centros científicos de España, Excmo. Sr. D. Eduardo Saavedra, que afortunadamente para Soria, hizo su debut como ingeniero jefe de Obras públicas en esta provincia, la cual le es deudora de tantos beneficios en la construcción de carreteras y en los estudios del ferrocarril de Torralba á Soria, hoy felizmente en construcción que con tanta rapidez como inteligencia está realizando la poderosa empresa belga de Mr. Eduardo Ottlet; primero que ha de cruzar parte de la provincia, y que abre para ella y para la capital el porvenir venturoso tan ansiado.

Sr. El Saavedra, cuya nobleza de carácter, cuya delicadeza de sentimientos son tan notorias, aunque no es hijo de Soria, se identificó en tal modo desde luego con nuestro país, que aparte de los beneficios que quedan apuntados se dedicó atentamente al estudio de sus gloriosos hechos. A él son debidas, entre otras muchas, las brillantes descripciones de las artísticas arcadas de San Juan de Duero y portada de San Nicolás, cuya belleza consignan las notables láminas que acompañan al texto, inserto en la *Revista de Obras públicas*, demostrando con estos estudios cuanto puede esperarse para la historia monumental de Soria. A él son también debidas las escavaciones exploradoras hechas en parte del perímetro que ocupó Numancia; obras ejecutadas por su iniciativa, bajo su dirección, y en las que por de pronto se procuró la orientación de dos calles principales, y el descubrimiento de algunos restos de edificios, entre ellos un templo y unas termas, y allá en el extremo Sur de la falda de las ruinas delante de la Iglesia de Garrejo, un cementerio poblado de esqueletos admirablemente conservados, cuya clasificación habrá de hacerse para conocer la época á que corresponden.

Bajo este prólogo, conveniente para demostrar cuanto debe Soria á tan ilustrados escritores contemporáneos; solo con el propósito de señalar datos que por su índole no cabían en aquellos trabajos científicos, serán objeto del presente artículo algunos antecedentes relacionados con el modo de ser de nuestra ciudad y de sus aldeas en los pasados tiempos.

De treinta y siete parroquias que existieron en Soria, hacen mérito D. Juan Loperaez y Corbalán en su descripción histórica del obispado de Osma, y D. Nicolás Rabal en su historia. Este último señala los sitios de la ciudad donde estuvieron construídas.

Don Francisco Mosquera de Barnuevo en su Numantina, sin duda relacionando esta notable circunstancia con el gran circuito de las murallas que fija en tres cuartos de légua, considera que tan grande extensión demuestra que esta ciudad debió contener de siete á ocho mil vecinos, aunque en la época en que presentaba su obra á la aprobación y censura, año de 1612, solo contaba mil trescientos; suponiendo que tal disminución era debida, como en la generalidad de España, á la emigración para la conquista de las Indias, y á la expulsión de los moriscos. Añade para confirmar su opinión relativamente al mayor número de vecinos, que "los Reyes procuraron siempre que Soria estuviese poblada por ser frontera y pueblo de mucha fama."

Para demostrar la importancia de esta ciudad, hace mérito de los edificios mas notables que existían en su tiempo, entre ellos los palacios de los Rios y de los Leones, cuyas fachadas dice que habian costado más de doce mil ducados; "que para allí donde todo cuesta mucho mas barato, es mas que en Sevilla cien mil." Fija también el número de treinta y siete parroquias, "sin contar la *catedral* de San Pedro, iglesia muy suntuosa, bien labrada y bien servida."

Rabal señala igual número de parroquias, pero comprendiendo entre ellas la *Colegial* de San Pedro y San Bartolomé del Barrio de las Casas.

El último de dichos escritores designa el punto en que estuvieron construídas. La relación que con las citadas parroquias tenían los pueblos que en lo antiguo formaban la tierra de Soria muchos de los cuales ya no existen, era la siguiente:

Para ello va á servir el libro de bautismos y defunciones de una de las pocas parroquias que aún existen, y que principiando en el año 1554 concluye en el de 1598. Es de advertir que para conservar su originalidad haremos su referencia en la forma que hace años lo vimos escrito al tomar estos apuntes. Deseando que este pequeño trabajo resulte útil como dato comparativo entre lo pasado y lo presente, van señalados al márgen con una D los pueblos destruídos y con una E los existentes.

Nuestra Señora de Calatañazor. Destruída. Estuvo situada en la márgen izquierda de la carretera de Navarra al Postiguillo del Molino de en medio.

- A ella corresponden los pueblos de
- |                                                                                                                                               |                             |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----------------------------|
| Lubia. E.                                                                                                                                     | Golmayo. E.                 |
| Tozalmoro. E.                                                                                                                                 | Cenosillas. D.              |
| Nuestra Señora del Azogue.—Destruída.—Detrás de la manzana Norte de San Pedro, como se vá desde la puerta segunda de la Colegiata al Tovasol. |                             |
| Ravanera. E.                                                                                                                                  | Frente. Granja. E.          |
| La Muedra. E.                                                                                                                                 | Matute. E.                  |
| San Vicente.—Destruída.—Estaba detrás de la huerta de San Pedro.                                                                              |                             |
| Almarza. E.                                                                                                                                   | Carrascosa. E.              |
| Los Molinos. E.                                                                                                                               | Las Luengas. D.             |
| Pedraza. E.                                                                                                                                   | Fuentetecha. E.             |
|                                                                                                                                               | Esteras. E.                 |
| Ontalvilla del Orno ó del Torno,<br>Granja hoy. E.                                                                                            |                             |
| San Millán.—Destruída.—Estaba al Este de la huerta de San Pedro en la senda que baja de la Cruz, á la carretera del Puente.                   |                             |
| Segoviela. E.                                                                                                                                 | Paneallente. D.             |
| Zorraquin. D.                                                                                                                                 | Segovia. D.                 |
| Almazúl. E.                                                                                                                                   | Villaciervos de Ayuso. E.   |
| Torrúbia. E.                                                                                                                                  | Camparañón. E.              |
| Villamediana. D.                                                                                                                              |                             |
| San Martín de Canales.—Destruída.—Estuvo donde existe la iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes, hoy Hospicio provincial.                  |                             |
| Rieda. D.                                                                                                                                     | Cerrejal. D.                |
| Nieva. E.                                                                                                                                     | Derroñadas. E.              |
| Fuente Saz. E.                                                                                                                                | La llana sobre Ocenilla. D. |
| Cubo de la Solana. E.                                                                                                                         | Villaseca. E.               |
| Mostajo. D.                                                                                                                                   | La Morosa. D.               |
| San Miguel de Cabrejas.—Destruída.—En la falda del Castillo, cerca del bário de San Lorenzo.                                                  |                             |
| Villaverde. E.                                                                                                                                | Cirujales. E.               |
| Masegoso, Granja hoy. E.                                                                                                                      | Vililla. Velilla. E.        |
| Nuestra Señora de Aogalobos.—Destruída.—En la hoy llamada puerta de Valobos.                                                                  |                             |
| Zamajón. E.                                                                                                                                   | Cardos. D.                  |
| Alezar. D.                                                                                                                                    | Taja-huerce. E.             |
| La Solana. D.                                                                                                                                 | Hortilanos. D.              |
| Villanueva de Zamajón. E.                                                                                                                     | Solana de las Cuevas. D.    |
| La Santísima Trinidad.—Destruída.—En el Barrio del Tovasol.                                                                                   |                             |
| Arancon. E.                                                                                                                                   | Chavaler. E.                |
| Alparrache. E.                                                                                                                                | Castejón. E.                |
| Sauquillo de Boñices. E.                                                                                                                      | Carazuelo. E.               |
|                                                                                                                                               | Fuencallente. D.            |
| San Ginés.—Destruída.—Detrás de Nuestra Señora del Mirón cerca del Polvorín.                                                                  |                             |
| Peroniel. E.                                                                                                                                  | Los Zárabes. E.             |
| Santandrés. San Andrés. E.                                                                                                                    | Reznos. E.                  |
| Ayllón. E.                                                                                                                                    | Los Villares. E.            |
|                                                                                                                                               | Ambroz. D.                  |
| San Miguel de Montenegro.—Destruída.—En la Plaza de Teatinos donde hoy está la fuente                                                         |                             |
| Castil de Tierra. E.                                                                                                                          | Descuerna bueyes. D.        |
| Pedrajas. E.                                                                                                                                  | Povar. E.                   |
| Ojuel. E.                                                                                                                                     | Crocillo. E.                |
| San Agustín.—Destruída.—Cerca de la huerta del que despues fué convento de su nombre.                                                         |                             |
| Valdeavellano. E.                                                                                                                             | Revillar. Rebollar. E.      |
| Riva molinos hoy Molinos de Razón. E.                                                                                                         |                             |
| Alconaba. E.                                                                                                                                  | Ocinilla. Ocenilla. E.      |
| Nuestra Señora de Barnuevo.—Destruída.—Dónde aún existe un torreón delante de las casa de los guardas de la puerta de Nájera.                 | Espejo. E.                  |

- Tejado. E.  
 Suella-cabras. E.  
 Portelrubio. E.  
 San Mateo.—Destruída.—A la mitad del paseo desde la carretera de Logroño al Mirón.  
 Hinojosa del Campo. E.  
 Naharros. E.  
 La Losilla. E.  
 Castellanos del Campo. E.
- San Clemente.—Existe.—En el sitio de su construcción.  
 Mazalvete. E.  
 Cardejón. E.  
 Castellanos de la Sierra. E.  
 Fuensauco. E.  
 Can-redondo. E.
- Nuestra Señora del Mirón.—Existe.—Como Ermita en el sitio de su construcción.  
 Renieblas. E.  
 Pedraja. Pedrajas. E.  
 Aldearrubio. D.  
 La Solana. D.
- San Nicolás.—Destruída.—Estuvo en la calle Real, donde aún se ven sus ruinas, conservándose su magnífica portada y el campanario.  
 Los Rábanos. E.  
 Buitrago. E.  
 Cenocilla. D.
- San Juan ó Santa María de Muriel, y en lo antiguo de Murice.—Destruída.—A espalda de San Nicolás, cerca de la carretera.  
 Torre, hoy Torrearévalo. E.  
 Candilichera. E.  
 Rincón de Manzano. D.  
 Lumbreras. Lumbrerillas. E.
- San Lorenzo antes San Llorente.—Destruída.—A la entrada del bárrio de su nombre actual.  
 Cabrejas del Campo. E.  
 Conquilla. D.  
 Pinilla de Caradueña. E.
- Santa María del Espino.—Existe.—En el punto donde fué edificada.  
 Cortos. E.  
 Matute. E.  
 La Losilla de Espejo. D.  
 Ansejo. E.  
 Carbonera. E.
- San Martín de la Cuesta.—Destruída. Estuvo edificada en el atrio del Espino.  
 Pedrazuela. D.  
 El Espino. E.  
 El Algarbe. D.
- San Sadonil.—Destruída.—Cerca de Santa María del Espino, á mitad del camino que vá á la puerta de Valobos y acaso en parte del cementerio.  
 Noviercas. E.  
 Nomparedes. E.  
 Las Don-bellas, Dombellas. E.  
 Rivacho. D.
- Santiago.—Destruída.—A espaldas de Santa María del Espino junto al cementerio.  
 Fuentelcepo. D.  
 Carazuelo. E.  
 Revollar. E.
- San Gil ó la Mayor.—Existe.—De ser cierto que ambas están en un mismo sitio, este es el en que conocemos la actual Nuestra Señora la Mayor.  
 Cascante. D.
- La Pica. Granja. E.  
 Castillejo. D.  
 El Angosto. E.  
 Cabrejuelas de Navalcaballo. D.  
 Santa María del Almuerzo. E.  
 (Santuario)  
 Pascual Malo. D.  
 Gorayo. D.  
 Castilfrío del Valle. D.  
 Trigo Cernido. D.  
 Jaray. E.  
 Las Reñudas. D.  
 Andava. D.  
 Abion. E.  
 Pipahon. D.  
 Aldea helices. Aldealice. E.  
 Moviero. D.  
 Buitraguillo. D.  
 Herreros. E.  
 Miñana. E.  
 Torre Tartajo. E.  
 Villanueva. E.  
 Comparacoces. D.  
 Tineña. D.  
 Paredes Royas. E.  
 La Rubia. E.  
 Garray. E.  
 Ceburbano. D.  
 Fuentova de Medio. D.  
 Rituerto. E.  
 Cetralvo. D.  
 El Cubo de la Sierra. E.  
 Caldernela. E.  
 Escaravajosa. D.  
 El Avaxen. D.  
 Estepa hoy de San Juan. E.  
 Aragones. D.  
 Fuentetova. E.  
 El Villarejo, Caserio. E.  
 Quintana Redonda. E.  
 Valverde. Caserio. E.

- La Torre. D. Torralba. E.  
 Aldea del Señor. E.  
 San Bartolomé.—Destruída.—Calle hoy del Collado, bajando á la plaza mayor, donde ahora está el Círculo de la Constancia.  
 Gallinero. E. Navarredonda. D.  
 Almajano. E. Aldehuela de Periañez. E.  
 Cascajosa. E. Sotillo de Estepa ó de El Rincón. E.  
 Villar del Ala. E.  
 Nuestra Señora de Cinco Villas.—Existe.—Hoy convento de monjas del Cármen,  
 Buberos. E. Almarail. E.  
 Tejadillo. E. Cornejón. D.  
 Portelárbol. E. Alzapiedra. E,  
 Rollamienta. E. Almedillo. D.  
 Santo Domingo de Silos.—Destruída.—En el campo de Santa Clara, frente al cuartel.  
 Mazateron. E. Tapiela. E.  
 La Sequilla, hoy Granja. E. Cerveriza. E.  
 Castilfrío de la Sierra. E. Villarraso. E,  
 San Esteban.—Destruída.—En la plaza de su nombre, calle del Collado.  
 Sepúlveda. E. Canales. D.  
 Fuentecantos. E. Tardajos. E.  
 San Prudencio.—Destruída.—En el palacio de Fuenteventura puerta de Rabanera.  
 Aliud. E. Omeñaca. E.  
 Riocavado. D. Martialay. E.  
 Sanquillo Alcazar. E. Pascual Ibañez. D.  
 Valdeforma. D.  
 San Juan de Rabanera —Existe.—Donde fué construída y hoy se la conoce.  
 Rivarroya. E. Las Fraguas. E.  
 Blicos. E. Almenar. E.  
 La Losa. D. Tera. E.  
 Nuestra Señora del Poyo.—Destruída.—Detras del palacio de Suero de Vega y torre de D.<sup>a</sup> Urraca, hoy posada.  
 Cuellar. E. Navalcaballo. E.  
 Blasco-Nuño, hoy granja. E. Aldealafuente. E.  
 Los Llamosos. E. Garrajejo, Garrejo. E.  
 La Reina. D. Cabrejas del Oyo ó del Campo. E.  
 San Sebastián.—Destruída.—Entre el convento de Santa Clara y Nuestra Señora del Espino.  
 Portillo. E. Valdesaeña hoy Valdegeña. E.  
 San Glider. D. Fuenteazan. D.  
 Las Cuevas. E. Cabrejuelas del Torneo. D.  
 Miranda. E. Hi-cana Izana. E.  
 Canredondo. E.  
 La Santa Cruz.—Destruída.—A la derecha del camino que sube de la Colegiata al Mirón.  
 Ledesma. E. Matarrebollo. D.  
 Estepa de Tera. E. Arévalo. E.  
 Ventosa de Renieblas, hoy Ventosilla E. Nuño García. D.  
 Tiñoso. D. Ventosa de Zarranzano, hoy de la Sierra. E.  
 San Juan de los Naharros.—Destruída.—Frente á la anterior, izquierda del camino.  
 Mallnembre. Granja. E. Pinilla del Campo. E.  
 El Arguillo. D. Ontavilla de Valcorba. E.  
 Fuentefresno, Fuentelfresno. E. Hi-Tuero, Ituero. E.  
 Santo Tomé.—Existe.—Fué convento de Dominicos, hoy parroquia de Santo Domingo y convento de religiosas de Santa Clara.  
 Pozalmuro. E. Cidones. E.  
 Vinuesa. E.  
 Nuestra Señora de la Puente.—Destruída.—Estuvo al otro lado del Puente,

próxima á San Juan de Duero. Despues de destruida se trasladó al Humilladero, hoy parroquia de El Salvador, donde existe.

Gimenazuar. D.

Segoviela de los Duañez. E.

Rábanos. E.

Para la designación de sitios, hemos seguido al Sr. Rabal, teniendo en cuenta las profundas investigaciones que ha hecho acerca de todos los motivos de la historia de esta ciudad.

Pero nada hemos podido decir acerca de la Iglesia de Santa Apolonia, que indica estuvo situada en los colmenares detrás del convento de la Merced, ni respecto de la de San Bartolomé del barrio de las Casas, porque no encontramos referencia de ellas, ni en el libro parroquial de que hemos tomado nuestros apuntes, ni en la relación de Loperraez, y por tanto no podíamos señalar los pueblos que á ellas vieran, que es uno de los objetos de este modesto trabajo.

La Iglesia Colegial de San Pedro, es tambien otra de las parroquias de esta ciudad, y aunque no la hemos citado entre las del libro de referencia, Loperraez señala las que entre las que fueron destruyéndose se le agregaron, que eran Santa María de Canales, Santa María de Aogalobos, Santa María del Azogue, Santa María de Calatañazor, San Miguél de Montenegro, San Miguél de Cabrejas, San Agustín, San Ginés, San Vicente y San Miguél de los Naharros, aumentándose este número con Santa María y sus agregadas San Mateo, San Sebastian, San Prudencio, San Llorente y San Juan de Muriel despues de destruidas.

Las de San Martín de la Cuesta, Santiago y San Sadornil, fueron agregándose á la de Nuestra Señora del Espino, conforme iban destruyéndose; así como á la Mayor, San Ginés, San Bartolomé y Santa María de cinco villas, y á San Clemente se anejó la de Nuestra Señora del Mirón cuando se suprimió su parroquialidad.

Los pueblos que pertenecían á cada una de las antiguas parroquias, siguieron la suerte de estas, viviendo á refundirse en las á que se anejaban.

Hasta cuarenta ermitas eleva el Sr. Rabal el número de las que en Soria ó sus cercanías llegaron á levantarse. No es fácil indicar el sitio donde cada una de ellas tuvo asiento. Entre las destruidas, Santa Ana estuvo en lo más alto de la sierra de su nombre. San Cristoval en la falda de la sierra á cuyo pié y próxima á la carretera se levantaba San Lázaro, no hace muchos años destruida, célebre por la tradición del ladrillo, tan humorísticamente citada por el mismo Sr. Rabal, y tan bien *contada* en el número quinto del *Recuerdo de Soria* por D. Julian Enrique Rueda.

Esta ermita no debió estar siempre situada donde la hemos visto al tiempo de su última destrucción no hace muchos años, puesto que según Mosquera fué quemada por un morisco, y se trataba de reedificarla en 1612 según refiere la Numantina.

Desde su fundación tuvo un fin benéfico de la mas alta importancia, que llenó cumplidamente, costeada por los doce linages, protectores de la población en este como en otros institutos de la caridad, estando destinada á hospital de Lazaristas en aquellos tiempos en que la terrible enfermedad de la lepra afligía á la humanidad.

Despues del incendio fué trasladada al interior de la ciudad, cerca del convento de Dominicos, según Loperraez, ó junto al de Agustinos como indica Rabal; y es de creer que al desaparecer aquella dolencia y habiendo cesado la necesidad de su objeto primitivo, volviera á edificarse como simple ermita en el punto de su antigua construcción á orillas de la carretera de Navarra, frente á la posesión del Señor Navas Rocha, donde aun se ven sus ruinas.

Aparte del respeto religioso que su iglesia infundía, y de la tradicional creencia que llevaba á las doncellas sorianas á pisar el ladrillo el día del Santo titular con la esperanza de encontrar marido, tenía la de que "en el frontispicio de su capilla "mayor estaba el escudo de los doce linajes," según Mosquera, tal vez en recuerdo de sus constantes protectores.

Otra ermita la de San Andrés, ocupaba el sitio próximo á la nória en el punto mas elevado de la dehesa, entonces conocida con el nombre de este Santo, despues con el de San Francisco, que en el día es el paseo principal de la ciudad, y que hasta la guerra de sucesión entre Borbones y Austriacos formaba selva muy espesa de corpulentos seculares olmos, de los que tal vez son últimos restos los pocos que se conservan en las inmediaciones de la Soledad, de ellos es muy notable por las esbeltas escaleras que dan acceso hasta la plataforma donde entre frondoso follage

se colocan hoy las bandas de música, amenizando el paseo y ofreciendo fantástico aspecto cuando en las noches de velada, el Ayuntamiento ofrece este delicioso espectáculo al vecindario. De este árbol se dió en el *Recuerdo* número 5 de 2 de Octubre de 1888 muy delicada muestra, comprendiéndolo en la lámina descriptiva de los jardines de la Soledad y de la Dehesa.

Contra nuestra voluntad vá tal vez tomando el presente artículo excesivas proporciones. Era el objeto al comenzarlo, referir los numerosos pueblos de que la ciudad estaba rodeada y que concurrían á sus no escasas iglesias parroquiales, patentizando así la grande importancia que llegó á tener, y que las vicisitudes que han venido agobiándola han hecho que pierda, á pesar de los prodigiosos esfuerzos de sus hijos, arrastrados por la idolatría con que siempre miramos á esta pátria querida cuyas glorias nunca creemos bastante ensalzadas, y á cuyo porvenir hemos consagrado, todas las atenciones, todo el esfuerzo, todo el trabajo de una larga vida.

Santa Bárbara, situada al extremo Norte del campo de su nombre, denominado tambien Campo de la verdad por los hechos de armas que en él tuvieron lugar.

La sencilla construcción de esta ermita no se presta á descripción alguna en el concepto monumental, pudiendo condensarse en los siguientes versos, que con motivo análogo inspiraron á un gran poeta contemporáneo.

Es una antigua capilla,  
Pobre por su obscuridad  
Noble por su antigüedad.....

Nuestra Señora de la Soledad. En su origen era una reducida capilla con el nombre del Santo Cristo del Humilladero, que aun existe detrás de la que los Condes de Gómara edificaron al trasladar la imágen de Nuestra Señora de las Angustias, en cuyo altar se vé el Santo Sepulcro. Sus circunstancias y su mérito artístico están perfectamente indicados en la obra del Sr. Rabal, por lo que no nos es dado hacer más que esta ligera mención, reducida á enumerarla entre las existentes.

A otro tanto tenemos que sugetar nuestro modestísimo trabajo, relativamente á los santuarios de los patronos de Soria, San Saturio y Nuestra Señora del Mirón, cuyas bellezas artísticas están magistralmente descritas por el mismo autor, y de las que no podríamos ocuparnos sin incurrir en la nota de plagiarios, limitándonos por consiguiente á indicar su existencia actual.

Próxima á la parroquia de Santo Domingo, antes Santo Tomé, existe otra pequeña capilla conocida con el nombre de Hospitalillo, de modestas formas, destinada al culto, en la que dirigida por la cofradía de la Piedad se celebran los sufragios por las almas de los pobres que fallecen en el hospital y de los que por ministerio de la justicia tienen la desgracia de sufrir la última pena.

En el año 1710 existían tambien, el colegio de padres Jesuitas; el llamado Casa de la doctrina en el cual se daba asilo y enseñanza á niños pobres, bajo la dirección de clérigos reglares; el de Recogidas, que con la denominación de Beatas hacían vida reglar.

Cinco eran los conventos de religiosos y tres los de religiosas. De los primeros el de San Agustín, situado á orillas del Duero próximo al puente. El de la Merced donde hoy está el Hospicio provincial. El de Santo Domingo al presente ocupado por Religiosas de Santa Clara. El de San Benito donde está la plaza de toros. El de San Francisco hoy Hospital provincial.

Los de Religiosas. De Carmelitas delcalzas, donde hoy existe. De Santa Clara en el fuerte actual. De Concepcionistas en el sitio que ocupan sus ruinas y fincas particulares, detrás del corral del rastro.

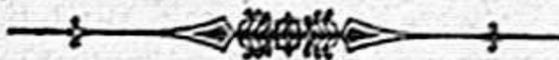
Este Convento fué construído, fundado y dotado por D. Francisco de Barnuevo, caballero de los doce linages. "Obra admirable, dice Mosquera, y de gran remedio para "señoras pobres de su linage."

Cerca de él y tambien de fundación del mismo D. Francisco Barnuevo, estaba "el "Colegio de hijos-dalgo, los más viejos de su linage y si nos lo hubiere de los demás, con renta necesaria para su sustento." Cada una de estas fundaciones solo podía admitir hasta diez acogidos, además del número de servidores necesarios, queriendo el fundador que este fuera tan esmerado como correspondía á la calidad de las personas que en ambos establecimientos venían á terminar su vida.

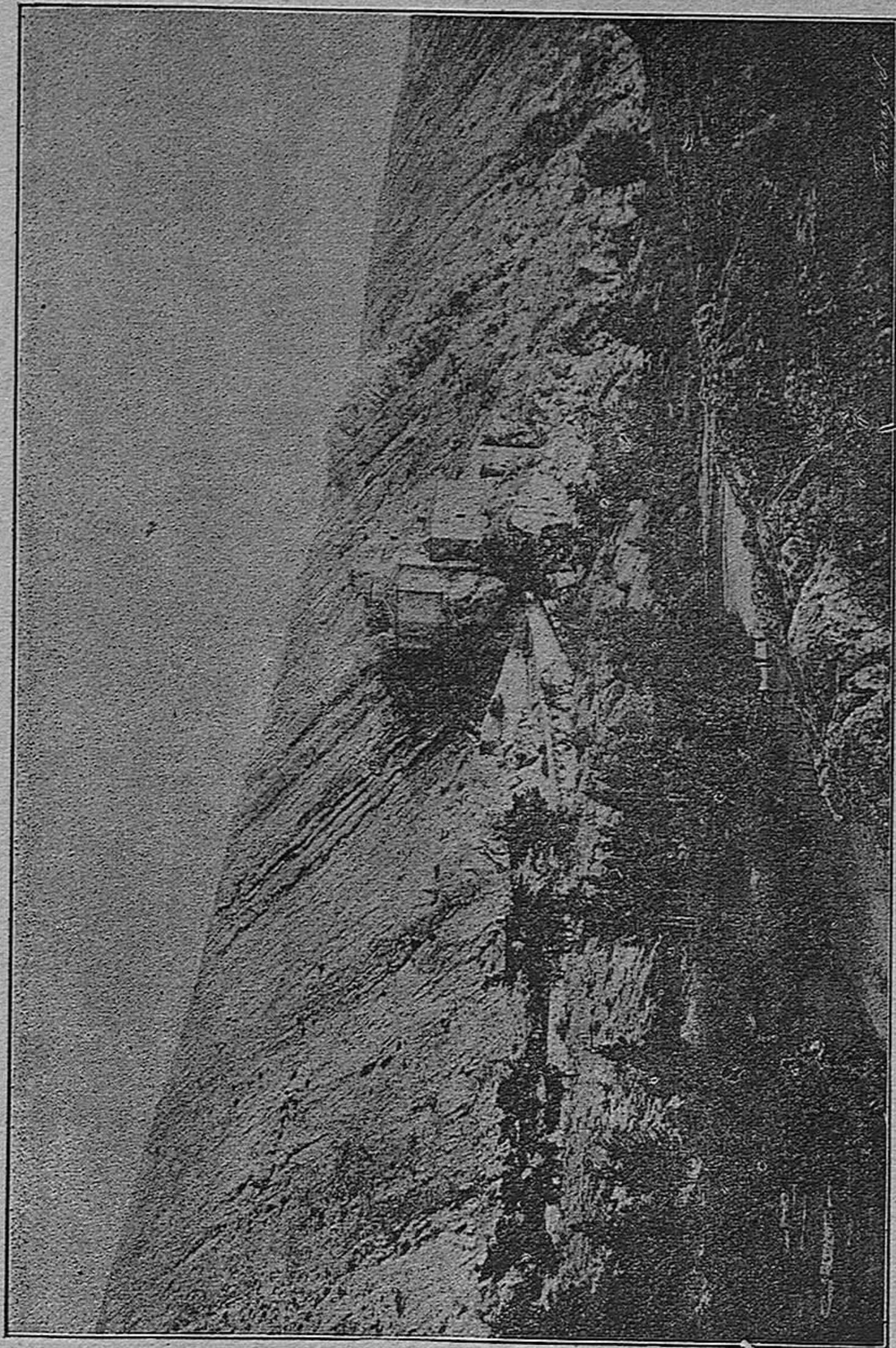
No limitó á esto su caridad el expresado D. Francisco de Barnuevo, pues además

de varias capellanías que dotó de su peculio "dejó renta para casar cuatro huérfanas de su linage, y trescientas fanegas de pan cocido que se reparten cada año entre pobres mendicantes que se llegan á la puerta del Mayorazgo, en los tres mes del año más necesitados."

LORENZO AGUIRRE.



Recuerdo de Soria de 1890.



Vista exterior de la Ermita de San Saturio y sus cercanías.





## Las ruinas de Numancia. <sup>(1)</sup>



Muertos sí, dijo; pero esclavos no!...

(ARRIAZA.)

Luto y desolación!... ásperas breñas,  
 Restos informes de ciclópeos muros,  
 Peñascos en sus bases inseguros,  
 Negras cenizas, calcinadas peñas,  
 Ruinas y soledad!.... Triste la luna  
 Cadavérica luz lenta destila  
 Inundando de pálidos colores  
 Y fúnebres espectros la pupila:  
 Del caudaloso Duero los rumores,  
 El silencio al turbar que me rodea,  
 Aumentan de este campo los horrores  
 Do el cetro de la muerte señorea.

Allá en la cima, del fulgor bañado  
 Que las nocturnas sombras agiganta,  
 De seculares musgos coronado  
 Austero se levanta  
 Negruzco murallón: él solo enhiesto  
 La pavorosa soledad domina,  
 Quizá de un templo mutilado resto  
 Do al *Dios sin nombre* adoración prestaba  
 El bravo Pelendón: de los valientes  
 Presta á la tumba generoso abrigo  
 Y anuncia á los vivientes  
 Los altos hechos de que fué testigo.

Aquí Numancia fué!.... la árida tierra  
 Que contempla mi vista consternada,  
 En sangre de sus héroes empapada,  
 De tanta gloria el monumento encierra:  
 En titánica guerra  
 Con el orbe luchar fué su destino

(1) Esta composición fué premiada en los "Juegos florales," de Burgos el año 1882 no habiéndose publicado después, debiendo á la amabilidad del Sr. Muños, su reproducción en este número del RECUERDO.

Abandonada y sola;  
 Pero tuvo á Megara y á Caurino,  
 Y al yugo nunca á someterse vino  
 Porque supo morir: ¡era española!  
 Fijó en ella sus ojos codiciosos  
 La insaciable ambición, la tiranía  
 De los hijos de Rómulo orgullosos,  
 A quien temblando el mundo obedecía:  
 Y al arrojar sobre ella las legiones  
 Que á su triunfal carroza sujetaran  
 Las bárbaras naciones,  
 Valientes corazones  
 A su veloz carrera se opusieron,  
 Y al pié de aquesos derrumbados muros  
 Defendidos por almas sobrehumanas  
 Su vuelo detuvieron  
 Las altaneras águilas romanas.  
 Vedle!.... Ronca la voz, el rostro airado,  
 Alta la frente, de color tostado,  
 En la mirada eléctrico destello,  
 Respirando furor, guerra y venganza,  
 Desnudo el pecho de sudor bañado,  
 Pálida la color, hierto el cabello,  
 Vibra Megara la potente lanza:  
 Frenética en pús de él corriendo avanza  
 Confusa multitud; niños, ancianos,  
 Nobles mancebos de ardorosos pechos,  
 De su patria á lidiar por los derechos  
 En unánime son gritando: ¡guerra!....  
 Y el rudo grito que en los aires zumba  
 De llano en llano vá, de sierra en sierra  
 Y en la gruta de Idúbeda retumba  
 Que al león español dormido encierra.  
 Alzase al punto: sus ardientes ojos  
 En torno vuelve, con furor se agita,  
 Corre, salta á la lid, se precipita,  
 Llega á los campos de la sangre rojos;  
 Entre rotos despojos  
 Hunde con furia la temida garra,  
 Postra, mata, destroza,  
 Y el pecho de las águilas desgarras.  
 De sanguíneos vapores circuido,  
 Arranca sacudiendo la melena,  
 Del hondo pecho aterrador rugido  
 Que en la ciudad de Rómulo resuena,  
 Del panteón las bóvedas atruena,  
 Y conmueve de Júpiter el sólio;  
 Del Foro los tribunos palidecen,  
 Las columnas del alto Capitolio  
 En sus bases de mármol se estremecen.  
 República sin fé..... ¿no has comprendido  
 Que los pechos hispanos  
 Mueren por el solar donde han nacido  
 Antes que el pié besar de los tiranos?  
 Con ellos sin cesar has combatido  
 Aun salpica tus manos  
 Con miserables artes derramada  
 Sangre de sus indómitos hermanos.  
 Viriato, el generoso bandolero,  
 Viriato sucumbió: mejor destino  
 Le diera un pueblo hidalgo y caballero:

Más tú, al romper su pecho diamantino  
 Tu honor quisiste mancillar primero,  
 Y arrojaste la espada del guerrero  
 Por blandir el puñal del asesino.

Tiembla, infame ciudad: vengar su muerte  
 Han jurado los hijos de Numancia;  
 Y si del cielo irrevocable suerte  
 Les condena á morir, con arrogancia  
 El duro golpe sufrirán del hado;  
 Que también han jurado  
 Con heróico ardimiento  
 Al pié de los altares  
 Antes lanzar el postrimer aliento  
 Que su pátria vender y sus hogares.

Sí, pueblo infame, sí: llama y congrega  
 Tus huestes mercenarias  
 Por el placer y el fausto envilecidas:  
 Africa, Europa, á tu poder rendidas,  
 El mundo entero que te rinde páriás  
 Soldados te darán: con ellos corre,  
 Allí Numancia está: firme te espera  
 Sostenida por almas varoniles,  
 De tus tropas serviles  
 Sus campos llene inmensa muchedumbre,  
 En polvo caiga el deleznable muro  
 Al golpe de tus máquinas deshecho,  
 Más de victoria al preludiar el canto,  
 Al numantino mira con espanto,  
 Donde el muro cayó, poner su pecho.

Cinco lustros de lucha gigantea  
 Los héroes de mi patria sostuvieron;  
 Jamás sus enemigos consiguieron  
 La espalda verles en la atroz pelea:  
 Ríos de sangre sin cesar corrieron,  
 Y Pompeyo y Popilio avergonzados  
 Vieron huir temblando á los soldados  
 Que indomables provincias sometieron:  
 El mísero Mancino  
 Entre inmenso pavor supersticioso  
 Cedió al valor del bravo numantino:  
 Su pacto vergonzoso  
 Rasgó la infame Roma; y á Numancia  
 Por presa le entregó: pero aquel pueblo  
 Mostró al infiel perseguidor odioso  
 Que al perdonar al infeliz caudillo,  
 Era, cuanto valiente, generoso.

Y Roma vió sus bravos campeones  
 Que al acercarse á la ciudad temblaban  
 Y que envueltas en sangre sus legiones  
 Por los campos celtíberos rodaban:  
 Vástago de los nobles Escipiones,  
 El que entre ruinas sepultó á Cartago,  
 Pálido de furor, si ella de miedo,  
 Le presentó su espada y su desnudo  
 Para hacer en Numancia igual estrago.  
 Llegó y tembló también..... la firme lanza  
 Que el numantino intrépido blandía  
 Mas de una vez con general matanza  
 Por sus huestes sin fin paso se habría.....  
 Mas ay! que la dulcísima esperanza,  
 Muere, que á los valientes sostenía:

Del hambre sienten el tremendo embate,  
 Mónstruo que en la ciudad sus alas bate.  
 España ¿donde estás?... ¿cómo no esgrime  
 La fuerte lanza tu robusto brazo?  
 ¡La hija alimentada en tu regazo  
 Sola combate con valor sublime!  
 Ay!... que oprimida entre cadenas gime  
 La noble pátria, adormecida, yerta;  
 Ni del león el hórrido rugido  
 Del letárgico sueño la despierta.  
 Lúcia le oyó: sus hijos valerosos  
 A combatir volaron  
 De Caurino inmortal al firme acento:  
 La sangre de tus pechos generosos  
 Derramaron cubriéndose de gloria,  
 Y esa sangre al caer, eterna mancha  
 Del valiente Escipión grabó en la historia.  
 Llegó el día fatal: tras su caudillo,  
 Del sol que muere al vacilante brillo  
 Ébrios los héroes á lidiar salieron  
 Y entre las haces de Escipión se hundieron  
 Con loco frenesí: desalentados,  
 Nada esperaban ya, nada temían,  
 Solo á morir corrian,  
 Solo á morir, pero á morir vengados:  
 Cual rápidos torrentes desbordados  
 Que entre la espesa bruma,  
 Entre el bullir de la revuelta espuma,  
 Al través del Occéano se adelantan  
 Y de sus olas el furor quebrantan,  
 Ellos así desesperados corren,  
 Desesperados gritan,  
 De hirviente sangre enrojeciendo el llano,  
 Sobre el inmenso ejército romano  
 Con ímpetu feroz se precipitan.  
 Horror, desolación, muerte y estrago,  
 Gritos de guerra y de furor ardientes,  
 Lamentos de dolor, sangre á torrentes,  
 No hay lanza sin herir ni golpe en vago;  
 El polvo y el sudor cubren las frentes,  
 Y entre el sordo silbar de las saetas,  
 Los valientes atletas  
 Esgrimen, hieren, matan,  
 Cargan, rompen, dispersan, desbaratan.  
 Ébrios de sangre ya, con el acero  
 De espumante licor y el brazo tinto,  
 A retirarse vuelven al recinto  
 De la noble ciudad: horrible idea  
 En su encendido corazón germina:  
 Muerta en ocaso ya la luz febea,  
 Cuando la noche en la ciudad domina,  
 Corren blandiendo la incendiaria tea  
 Que de su rostro y talla gigantea  
 Las escuálidas formas ilumina.  
 ¡Noche de horror!... revueltas espirales  
 Suben al cielo de rojiza llama,  
 Y se estiende en cortinas colosales  
 Girando á los impulsos desiguales  
 Del ronco viento que en los antros brama:  
 Gritos se escuchan por la muerte ahogados:  
 acá brillan espadas y puñales,

De esposa, padres, hijos en el seno  
 Se clavan sin piedad: allá en las manos  
 Frenéticas brillar se ve la copa  
 Do hierve sin cesar letal veneno:  
 Se oyen graznar las aves carniceras  
 En las vecinas cumbres,  
 Chispas lanzar en alto las hogueras  
 Desplomarse crujendo las techumbres.  
 Corre, Escipión; en la ciudad desierta  
 No hay un solo valiente ni una espada  
 Que se cruce ante tí de sangre helada,  
 De ruinas y ceniza está cubierta;  
 Es de muerte y silencio la morada  
 Nunca hasta aquí para tus piés abierta:  
 ¡Triunfa!... ¿de quién?... tu intrépido enemigo,  
 Al entregar á su puñal la vida,  
 Por no perder su libertad querida,  
 En la tumba también la hundió consigo.

Noble ciudad: mi enardecida frente  
 Ante tu inmensa ruina  
 Con entusiasta admiración se inclina:  
 ¡Por mis venas también corre un torrente,  
 Un torrente de sangre numantina!...  
 Dormid, héroes, dormid: si algun insano  
 Osa ultrajar el pabellón hispano,  
 Se alzaré vuestra imagen refulgente  
 A enardecer el pecho del valiente,  
 A atormentar los sueños del tirano.  
 Aquí Numancia estás!... ásperas breñas,  
 Restos informes de ciclópeos muros,  
 Peñascos en sus bases inseguros,  
 Negras cenizas, calcinadas peñas:  
 El silencio do quier, do quier la muerte:  
 Ni el triste buho entre sus ruinas gime,  
 Ni un monumento sus hazañas cuenta:  
 Numancia fué!... más grande y mas sublime  
 En su terrible soledad se ostenta.

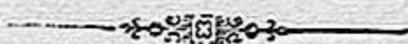
FR. CONRADO MUIÑOS Y SAENZ.







## DOS CARTAS.



Sr. D. Pascual Pérez-Rioja.

*Mi estimado amigo:* Me apremia usted con cariñosas instancias para que le envíe algo para el *Recuerdo* que este año,—por el voluntario *ostracismo* de mi entrañable amigo Monge, y por la forzada ausencia del que, no obstante su edad y su elevada gerarquía en la milicia, será siempre para nosotros Pepe García—corre á cargo de usted; y como quiera que ni tengo tiempo ni tranquilidad bastantes para discutir un asunto que pudiera ser agradable á los lectores del periódico y me diera á mi materia para hilvanar unas cuartillas, apelo al socorrido sistema de la copia, y me limito á enviarle la de dos documentos existentes en el legajo núm. 353 del Archivo municipal, aderezados con unas modestas observaciones de mi cosecha que les sirvan como de explicación, engarce ó complemento.

Sabe usted que por iniciativa del Rey Carlos III, ó de su ministro Floridablanca—tachados de francmasones y heterodosos por los obscurantistas de su tiempo y aun de tiempos posteriores—se crearon en España las sociedades Económicas de Amigos del País, que tan útiles reformas promovieron, y tan acertadas medidas adoptaron: sabe usted también que en Soria se estableció, á poco de iniciado el pensamiento, una Sociedad de aquellas con el título de “Numantina,” que con varia suerte, existió hasta mediados del presente siglo, sin que hayan sido parte á resucitarla los esfuerzos que, pocos años ha, llevamos á cabo para conseguirlo, su difunto padre de usted y respetado amigo mío D. Francisco (q. e. p. d.) mi no menos respetable amigo D. Miguél Uzuriaga y el que estas líneas escribe.

Pues bien; á los comienzos, á los primeros pasos de la Sociedad Numantina de Amigos del País, se refieren los documentos que despues copiaré, y, acerca de los cuales, conviene aun dar alguna ligera noticia.

Por fortuna, para la naciente sociedad “Numantina,” tuvo esta, en su principio, un inteligente y activo Secretario en D. Isidoro Pérez quien deseoso de allegar recursos que sirvieran de base á la nueva institución, inquirió, buscó, averiguó y—como ocurre casi siempre que se persigue con tesón una idea—encontró al fin quien le ayudará eficazmente en su patriótica tarea.

Supo el Sr. Perez que había por aquellos tiempos una rica y numerosa colonia de comerciantes sorianos establecida en Cadiz—emporio, á la sazón, del comercio de Occidente—y á ella se dirigió el Sr. Pérez en demanda de auxilio.

La respuesta no se hizo esperar; hé aquí la carta que los buenos sorianos esta-

blecidos en Cádiz dirigían á la Económica-Numantina con fecha 25 de Enero de 1780.

“† Sres. Director y Sociedad Económica.—Muy Sres. míos: Con fecha 23 de Octubre del año anterior, D. Isidoro Pérez, como Secretario de ese Real Cuerpo y por su acuerdo, nos dirigió como á otros paisanos naturales de esa Ciudad y de su provincia en carta de oficio, el ejemplar impreso de los Estatutos aprobados para el régimen y aumento de dicho establecimiento, significando merecíamos ser nombrados por socios; cuyo honor motivó en todos la debida satisfacción y no dudamos que todos, como nosotros, hayan manifestado el reconocimiento á tal distinción que según posterior aviso de dicho Secretario reconocemos lograda en la admisión á la clase de Provinciales beneméritos y porque tributamos á V. S. nuestra gratitud.—

Llevados del amor á la pátria y del deseo de fomentar ese Real Establecimiento, premeditamos cada uno de nosotros nuestra particular pecuniaria contribución; pero observando igual disposición en otros paisanos, tuvimos por conveniente formar lista de todos, visitarlos particularmente y manifestarles sería más conveniente se uniésen en una suma la que cada uno voluntariamente gustáse suscribir como se practicó y es la siguiente:

|                                                                                                                          | Reals. von. |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-------------|
| D. Francisco Ximénez Pérez, natural de la villa de Soto. . . . .                                                         | 2.000       |
| „ Miguel Izquierdo, de la de Cabrejas del Pinar. . . . .                                                                 | 2.000       |
| „ Antonio Izquierdo, de la misma.. . . .                                                                                 | 1.000       |
| „ Manuel López Zabala, de id. . . . .                                                                                    | 2.000       |
| „ Matías García Yusto, de id. . . . .                                                                                    | 2.000       |
| „ Tomás del Roscio y D. Rafael Hernández, de id. . . . .                                                                 | 1.000       |
| „ Román, D. Francisco de Paula, D. Cayetano y D. Agustín Izquierdo, hijos de D. Miguel, naturales de esta Ciudad.. . . . | 2.000       |
| „ Manuel Ximénez, natural de la villa de Vinuesa. . . . .                                                                | 2.000       |
| „ Pedro Antonio de Alonso, de id. . . . .                                                                                | 2.000       |
| „ Manuel Antonio de Alonso, natural del lugar de el Royo. . . . .                                                        | 2.000       |
| „ Francisco Antonio García, id. id. id. . . . .                                                                          | 2.000       |
| „ Martín Jiménez, de el de los Molinos.. . . .                                                                           | 2.000       |
| „ Juan Antonio Carazo, de el de Salduero. . . . .                                                                        | 1.000       |
| „ Juan José Martínez de Aparicio de el de Derroñadas. . . . .                                                            | 1.000       |
| „ Manuel Díez Catalan de el de Gallinero de la Sierra. . . . .                                                           | 1.000       |
| „ Juan Díez Moreno, de el de Cubo de la Sierra. . . . .                                                                  | 2.000       |
| „ Miguel Vadillo, de la villa de Cabrejas del Pinar . . . . .                                                            | 2.000       |
| „ Francisco Xavier de Blasco, de Soria. . . . .                                                                          | 2.000       |
|                                                                                                                          | 31.000      |

“Y se verificó ascender las voluntarias donaciones para dicho objeto á treinta y un mil reales de vellón de los cuales deben separarse cuatro mil: los dos mil correspondientes á los con que se suscribió D. Francisco Ximenez Pérez porque hallándose con proporcion en Madrid habrá dado, como expresó, la correspondiente providencia á su entrega: y los otros dos mil restantes por lo que se expresa, á nombre de Don Manuel Lopez Zabala, porque teniendo intereses en esa Ciudad, dijo daría la correspondiente providencia: y restando veintisiete mil los pasamos á poder de V. S. los dieciseis mil, en la adjunta libranza dada en esta Ciudad por D. Miguel Vadillo á orden de D. Isidoro Pérez, Secretario de V. S. á cargo de D. Juan Bautista Barrio, vecino de esa y los once mil restantes los llevó D. Josef Gonzalez de Setien á entregar á el mismo D. Isidoro como acredita el Conocimiento de Obligación que tambien acompañamos; y reciba V. S. los generales deseos de estos paisanos y particulares nuestros, pues en todos reside el mayor de los aumentos y prosperidad de su real establecimiento y el de contribuir gustosos con las noticias que conozcan oportunas como medio principal para logro.”

“Celebramos esta ocasión por facilitarnos el logro de ofrecer á V. S. nuestros debidos respetos, y segura obediencia cuanto ceda en su obsequio.”

“Nuestro Señor prospere y guarde á V. S. muchos años. Cádiz y Enero 25 de 1780.”

“B. L. M. á V. S. sus mas atentos seguros servidores.—Juan Díez Moreno.—Miguel Vadillo.—Francisco Xavier de Marco.”

A esta carta contestó el Director de la Económica Numantina—según minuta que obra en el referido legajo—en la forma siguiente:

“† Muy Sres. míos: Por la apreciable carta de Vds. de 25 del pasado, que hice presente en la junta celebrada en 24 del corriente, ha visto esta Real Sociedad con suma complacencia el celo con que Vds. se han singularizado, así en la visita hecha á otros paisanos establecidos en esa, como en la formación de la lista (que viene estensa en ella) en el recobro de la cantidad que voluntariamente subscribió cada uno á favor de este Real Cuerpo, y en la puntualidad con que han ejecutado la remesa de veintisiete mil reales de vellón en la libranza y conocimiento que la acompañaban; aquella de dieciseis mil reales dada por D. Mignél Vadillo contra D. Juan Bautista Barrio, vecino de esta Ciudad, este de once mil, hecho por D. Josef Gonzalez de Setien y ambos á favor de D. Isidoro Pérez, Secretario de esta Sociedad cuyo pago y entrega se ha verificado ya; esperando que se verificará también prontamente la de los dos mil reales ofrecidos por D. Francisco Ximénez Perez y la de los otros dos mil con que se subscribió Don Manuel Lopez Zabala y con los cuales se completarán los treinta y un mil reales á que asciende el total de las donaciones.”

“A unas pruebas tan preciosas y relevantes de celo, deseos y amor patriótico de ustedes y de todos los paisanos alistados, no solamente corresponde esta Sociedad con manifestarles (como lo hace) su debida estimación y gratitud, si que tambien para perpetuar esta acordó en dicha Junta que á la letra se insertase en sus actas la citada carta de ustedes y que se alistasen por socios suyos en la clase de Provinciales Beneméritos, los sugetos siguientes contenidos en dicha lista.”

Aquí reproduce los nombres antes mencionados y luego añade:

“Lo que se servirán ustedes comunicarles para que estén entendidos de ello; quedándolo tambien todos de que así como esta Sociedad se valdría de unos socios que en lo sucesivo pueden ser tan útiles á esta provincia, coadyuvará gustoso al logro de cuanto pueda ser á beneficio de ustedes.”

“Nuestro Señor guarde á ustedes muchos años como deseo. Soria 27 de Febrero de 1780.”

Creo no encontrará usted fuera de propósito que las precedentes cartas figuren en las páginas del “Recuerdo”, no tan solo porque con ello se cumple con el título del periódico consagrando ese pequeño homenaje á los hijos de la provincia que alentaron, en sus primeros pasos, á la Sociedad Económica Numantina, cuanto por las consideraciones que de su lectura se desprenden.

Mas ni fueron solo los recursos apuntados los que enviaron los buenos sorianos de Cádiz á sus hermanos de la provincia, ni se limitaron al envio de sumas más ó menos considerables; sino que dieron tambien algo que, en muchas ocasiones, vale más que el dinero; consejos prudentes y acertados.

En efecto, según consta en los antecedentes que, muy á la lijera, he examinado en el Archivo municipal, y según hace tambien presente su señor hermano Don Antonio en su “Crónica de Soria”, pasan de doce mil duros las sumas que, en poco tiempo enviaron los comerciantes sorianos establecidos en Cádiz para atender al sostenimiento de las industrias creadas por la “Económica Numantina”, sino que estas en su mayor parte, lo fueron por iniciativa de aquellos mismos señores, habiendo tenido que encargarse, por último de la dirección y administración de algunas como ocurrió, entre otras, con la fábrica de medias de lana que, por su consejo, se estableció en esta Ciudad y que comenzó sus trabajos bajo los mejores auxilios.

De no menos beneficiosos resultados fueron el establecimiento de una escuela abierta para hilar lana al torno, así como otras para el tejido de trenzaderas, galoncillos de lana y estambre, hilados, fajas y ligas, en las cuales recibían instrucción industrial buen número de jóvenes de uno y otro sexo.

Ahora bien; ¿como desaparecieron aquellas industrias, bajo tan buenos auxilios comenzadas? ¿Qué se hizo de aquellas escuelas que tan provechosos resultados hubieran podido dar para el desarrollo industrial de la provincia?

No lo sé; solo he podido colegir, por una minuta de informe, sin fecha, que obra en el legajo antes referido, que cuando tranquilizado el país despues de la guerra de la independencia, se quiso inquirir lo que había sido de los artefactos y útiles adquiridos con las donaciones de los comerciantes de Cádiz, y de otros buenos sorianos, solo se consiguió averiguar que, en una habitación del palacio viejo de los condes de Gómara, existían algunos restos de aquellos completamente inútiles y de todo punto inservibles.

Ahora bien; cuando leo los documentos copiados; cuando repaso lo que acerca de

la industria soriana en el pasado siglo dice su hermano D. Antonio, en su Crónica antes citada, no puedo menos de preguntarme.

¿Qué hado fatal, que adversa suerte es la que preside los destinos de esta desventurada provincia que hace que todo esfuerzo por regenerarla, que todo generoso propósito por sacarla de su postración y abatimiento, resulte estéril?

¿Es por ventura, que huyen de este país sus hijos mas inteligentes y activos y que aquí solo queda la escoria, lo que de nada sirve y para nada vale? No es creible y pruebas estamos viendo todos los días de lo contrario.

Observe usted una cosa; en Andalucía, en Extremadura, en América, en todas partes, se encuentran á cientos los sorianos que merced á una constancia y laboriosidad grandes, unidas á una inteligencia notabilísima para los negocios, no ya solo mercantiles, sino de cualquier índole que sean, consiguen labrar buenas fortunas. Pero aún hay más; en Sevilla, en Cadiz, en Málaga, en Badajoz y en otros puntos que no tengo presentes, se citan con cariño los nombres de sorianos que, al frente de los Municipios, ó con cargos de índole análoga, se han acreditado de administradores celosos, llevando á cabo reformas utilísimas y mejoras de todas clases por las que han merecido el aplauso de sus contemporáneos, y que su nombre sea querido y respetado por la posteridad.

¿No es pues extraño que lo que los sorianos hacen en casa ajena, no se den trazas de realizarlo en la suya propia?

¿Qué explicación racional tiene esta evidente contradicción? No la encuentro y por eso me limito á apuntarla.

Pero veo que los comentarios van á ser más largos que las cartas, contra lo que me proponía, y termino.

Queda usted complacido; los que seguramente no lo quedarán serán los lectores del *Recuerdo* á los que debería usted ahorrar—y crea usted que lo digo sinceramente—la molestia de leer estas líneas trazadas solo bajo el imperio, como digo al principio, de sus insistentes y amistosos ruegos.

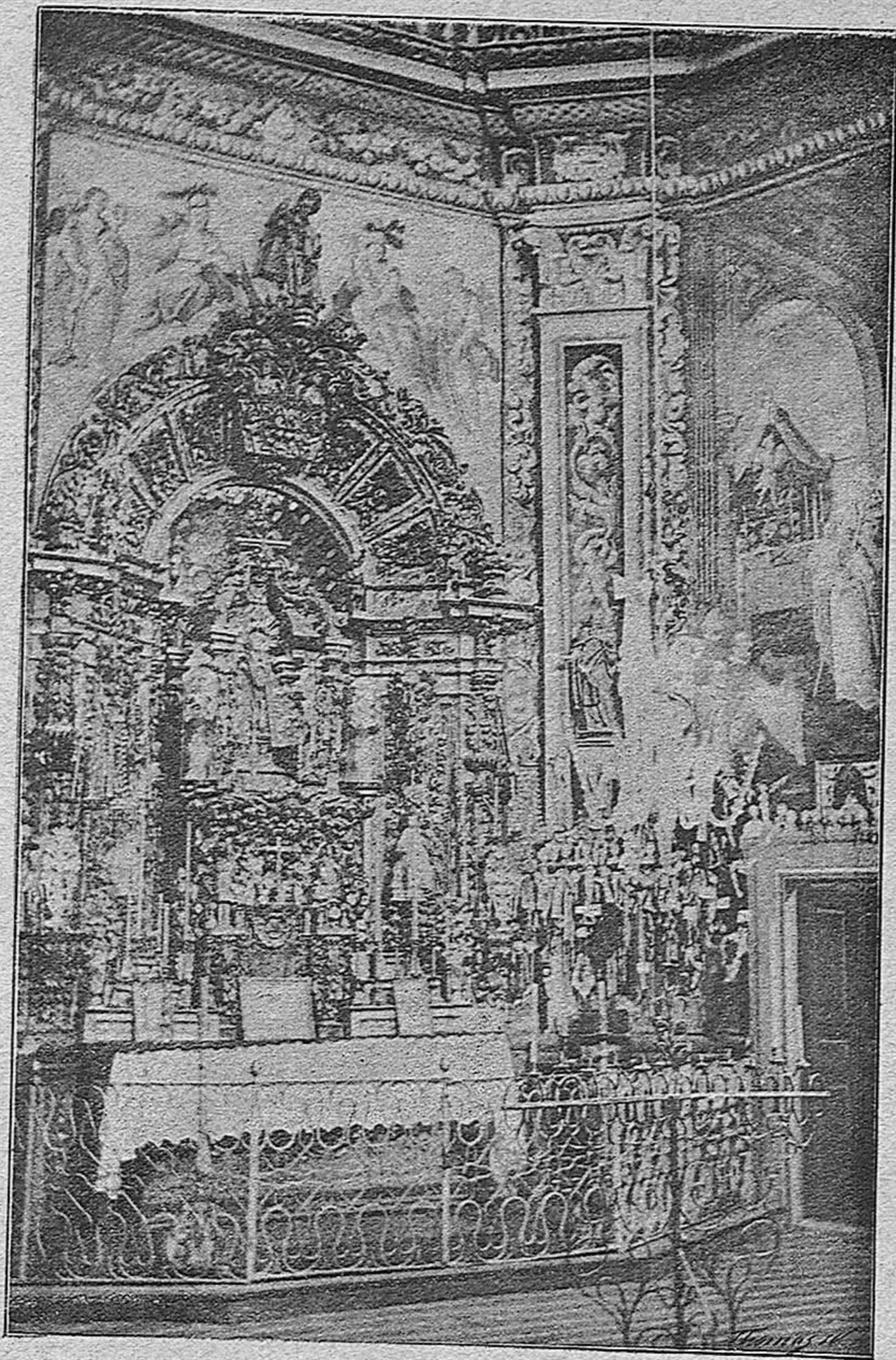
Queda de usted atento amigo y s. s. q. b. s. m.

JOAQUIN ARJONA Y GOMEZ.

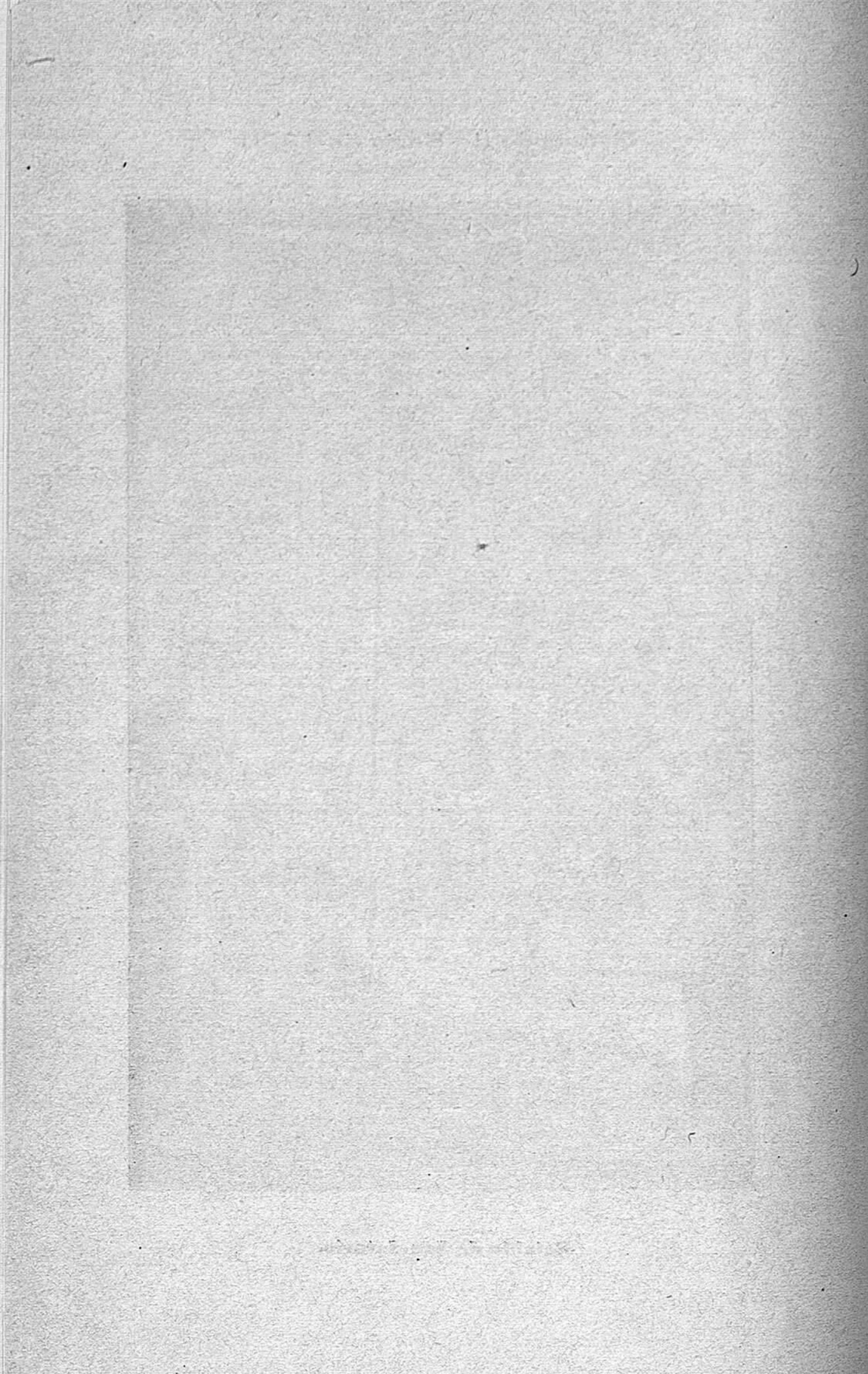
Soria 26 Agosto de 1890.



Recuerdo de Soria de 1890.



Retablo de San Saturio.





## Una excursión à Moncayo.



¿Quién, despues de haber hojeado la historia pátria, no se siente arrastrado del deseo de ver y admirar de cerca aquellas comarcas que fueron objeto de sus páginas más gloriosas?

¿Quién desdeña el placer de visitar esos magníficos accidentes de la naturaleza que caracterizan á nuestras cordilleras, con sus caminos que empiezan á trepar serpenteando, con sus vertientes y grandes precipicios, con la grandeza de las revoluciones geológicas y á cuyas asperezas se agarra una vegetación vivaz y secular? ¿Quién no quiere, desde grandes alturas, descubrir dilatados horizontes, presenciando á la vez fenómenos sumamente extraños y no por eso menos reales, viendo al sol centellear como una diadema de brillantes y á nuestros piés las densas nubes?

Moncayo, la segunda de las montañas más elevadas de nuestra Península, ofrece esta perspectiva y por ello atrae todos los años la atención de algunos curiosos visitantes. Llamado Monte Cauno por los romanos, á causa de las nieves de que se halla cubierto las tres cuartas partes del año, en él comenzaba la región de la Celtiberia y hoy es el límite en el que por el E. termina nuestra provincia; él fué testigo de todas nuestras grandezas y de épocas tan remotas como las que se refieren á los íberos y los celtas, así como de las batallas que á sus faldas se libraron por los romanos mandados por Sempronio Graco contra los celtíberos que no pudiendo ser dominados, obtuvieron de aquellos grandes mercedes y el engrandecimiento de sus poblaciones; él fué testigo de la invasión visigoda, cuyo período fué floreciente y también de la musulmana, en el que no cesaron un punto los esfuerzos de los cristianos para verse libres de la morisca dominación, hasta que en 1.112 Don Alfonso y D.<sup>a</sup> Urraca arrojaron al terrible Almanzor con todos sus secuaces; él fué testigo de la lealtad que á su vecina la villa de Agreda distinguió siempre en favor de sus reyes, como sucedió con Alfonso X, *el Sabio*, no reconociendo á su hijo D. Sancho que quiso aprovecharse de la ausencia de su padre para arrebatarle el trono, perjudicando así los derechos de los infantes de la Cerda, sus sobrinos; él fué testigo de la alianza concertada en Agreda; entre D.<sup>a</sup> María de Molina, D. Alfonso de la Cerda y el rey de Aragon y él presenció también el heroico valor de aquella villa cuando se resistió tenazmente ante el ominoso yugo de señoríos particulares, así como su digno y fiel comportamiento durante la guerra de Sucesión, defendiendo la causa del rey Felipe V. contra el poder de los aragoneses.

Tanto y tan justo interés, despierta el gigante que magestuoso se alza al pié de

las torres de Agreda y que sirve de divisoria entre Aragón y Castilla; pero, sin embargo, hemos de reconocer que todo aquél que se decide hoy á verificar la difícil ascensión á la cumbre del Moncayo, lo hace impulsado por uno de dos móviles, ó por satisfacer un simple capricho, aprovechando una de esas *caravanas* que algunas veces se organizan con abundantes provisiones de boca, para echar unas cuantas canas al enrarecido aire de aquellas alturas, ó por científica curiosidad, ya botánica ó zoológica, ya física, ó geológicamente considerada.

Desde la villa de Agreda á la cumbre de Moncayo hay un desnivel de 1.267 metros, puesto que dicho monte está situado á 2.315 y la población á los 1.048 sobre el nivel del mar y desde La Cueva, camino que generalmente se prefiere al de Vozmediano, queda aquella altura reducida á 955 metros, suficientes, sin embargo, para que su penosa subida exija cerca de dos horas.

De sobra está el aconsejar que ésta excursión ha de hacerse en los días más calurosos y despejados del mes de Agosto y que deben prevenirse abrigos que han de utilizarse en la cumbre y un buen guía que dirija la ascensión y la bajada, pudiendo encontrarlo en Agreda y aun mejor en La Cueva, cuyos naturales son conocedores prácticos de tan apartadas regiones. Además, conviene llevar un antejo y un buen cayado ó bastón, aquél para contemplar con exactitud los muchos pueblos que se ven en tan dilatado horizonte y el segundo, como necesario apoyo en terreno tan accidentado y á trechos resbaladizo por su contextura silíceá ó arenosa.

Suponiendo que la expedición se haga desde Agreda y preparadas las acémilas que han de llevar las provisiones como si se tratase de un viaje del siglo XV y los pacíficos jamelgos ó cachazudos asnos que han de servir de cabalgaduras á la bullíciosa *caravana*, conviene partir en las primeras horas de la madrugada con objeto de estar en la La Cueva sobre las siete de la mañana.

Nada de particular tiene que al subir la penosa cuesta que á poco de salir de Agreda y bordeando la base del Moncayo, llega hasta el punto denominado las *Marricuelas* y cuyo trayecto exige una hora (pendiente que obedece á los 312 metros que hay de diferencia de altura entre Agreda y La Cueva) tengan los viajeros que usar de los abrigos para abandonarlos tan pronto como alcanzan el alto mencionado, en el que el sol espléndido y apenas nacido bañará sus rostros, calentando sus entumecidos cuerpos.

Ya en La Cueva, se hace un ligero descanso, durante el que los ginetes toman un ligero desayuno que sirve de entretenimiento á sus estómagos hasta llegar sobre las 9 y media al sitio donde se dirijen, agreste, solitario y encantador, en el que podrán mirar al sol cara á cara, en donde contemplarán nuevos horizontes; se empararán en el aroma del orégano y el tomillo, conversarán con las fuentes y las hayas y vivirán con esa libertad que Ronsseau soñaba, lejos de los salones, sin guantes ni corbatas, sin etiqueta ni ridículas ceremonias y sin otros testigos de sus acciones que el espacio y la montaña.

La Cueva, situado en la falda de Moncayo á 1.360 metros sobre el nivel del mar, es llamado así porque está fundado en una muy profunda, cueva que la tradición y las leyendas mitológicas nos dicen que fué habitada por el famoso ladrón Caco que se apoderaba de los bueyes que Hércules tenía pastando por aquellas praderas y que sorprendido el malhechor en su guarida, el forzudo Hércules le sepultó echándole encima el Monte Cauno que desde entonces se llamó Moncayo. Los naturales tienen costumbres muy sencillas y se dedican á la agricultura y á varias industrias, como la del ordeño y del carbón, no faltando aficionados á la caza, sobre todo en el invierno, cuando la abundante nieve les depara conejos, perdices y aun venados.

Se emprende de nuevo la marcha siguiendo la dirección del río *Tras-moncayo*, atravesando un suelo firme y árido y viendo á trechos algunas praderas de fina yerba de pasto; y paso á paso y con algún trabajo, se llega á las dos horas escasas á la cima del monte donde se extiende una gran planicie cubierta de fina yerba y se deja sentir un fresco soportable por la hora y por los rayos que el sol, como un globo de fuego suspendido en el cenit, envía compasivo á los atrevidos expedicionarios.

Una exclamación unánime resuena en aquella cumbre y vá á perderse en tan dilatado espacio, exclamación producida por los viajeros al pisar la tierra de promisión, gozándose en aquél delicioso abandono y en aquella soledad salvaje que los oculta por un momento á las impertinentes miradas del mundo y que á ellos pone tan de manifiesto. Entréganse por un momento á la contemplación de tan delicioso pano-

rama, viendo á sus piés como se alzan, sobre un campo de esmeralda, multitud de pueblecillos con sus esbeltas torres cristianas y sus almenados castillos moriscos y con el auxilio del antejo muchísimas poblaciones entre ellas la inmortal Zaragoza y otras que pertenecen á Navarra de las que á simple vista se distinguen sus hermosos chapiteles.

Hemos dicho que se entregan por un momento á tan grata contemplación y así debe de ser, porque pasadas las primeras impresiones, el mismo espectáculo, prescindiendo del ejercicio que agota las fuerzas y del olorcillo de los manjares que hierre gratamente los olfatos, despertaría por sí solo el apetito de un eremita, acostumbrado al ayuno ó el de un canónigo del siglo pasado, despues de levantarse de la mesa. Todo se pone á contribución; cestos, alforjas repletas botas de vino y en aquél banquete, envidiado por el mismo Lúculo, se agotan los manjares y se celebra la mejor salsa que el arte de la naturaleza les depara. ¡Qué de libaciones! Pronto se posesiona de aquellos cerebros la glotona musa de Baltasar de Alcázar y hace brotar de aquellos lábios brindis y bombas finales que conmemoran tan fausto acontecimiento, juntamente con alguna inscripción que en un palo de haya dejan clavado en la cima.

Concluido el almuerzo y dando un adios á tan empinada mansión, comienza el descenso por la pendiente casi opuesta, trasponiendo derrumbaderos, saltando de breña en breña, columpiándose á veces para evitar una caída, efecto del cascoso terreno y empleando más de una hora en llegar al otro pico y en donde está situado el Santuario de Nuestra Señora de Moncayo, con su antigua casa con hospedería.

Aquí ya es otro el aspecto del monte; véanse fuentes de agua dulce, entre las que merecen citarse las de la Caña y de San Gaudioso y una frondosa vegetación, preponderando las hayas y el brezo, con praderas que amenizan sitio tan pintoresco.

El Santuario ó ermita, bastante espacioso, está dedicado á la Virgen con el título del Moncayo y su fiesta, que se celebra el 8 de Setiembre, es muy concurrida por gentes de los pueblos colindantes y sobre todo de Aragón que disponen, desde Tarazona, de una buena carretera construida hace pocos años, bajo la dirección del Canónigo Lectoral, D. Ignacio Albericio.

La casa-hospedería es muy buena, pudiéndose alojar en ella unas 60 personas, y el capellán de la ermita sumamente afectuoso, no perdona medio para que la estancia de los viajeros sea más grata.

Una vez en dicho punto y tras ligera comida, se busca en el lecho un calmante á las fatigas del cuerpo y emociones experimentadas y se duerme una siesta embellecida por blandas ilusiones y por risueñas imágenes, para despertar en medio de la montaña parecida á un estenso lago de ondas inquietas y rielantes ó á una alfombra bordada de verde y grana, -- perspectiva producida por los rayos del sol, cuando declina á su ocaso -- y para entregarse despues y cuando la noche tiende su denso velo á entretenimientos varios, inventados por alegres expedicionarios.

Allí llueven charadas y se improvisan sonetos y se entonan himnos gastronómicos y se relatan cuentos y chascarrillos chispeantes, corriendo veloces las horas que median hasta la cena y el sueño nocturno, pacífico como en ninguna parte.

El día siguiente debe dedicarse á la inspección del monte por el lado de Aragón con objeto de formar una aproximada idea de su flora, de su fauna y de su formación geológica.

Respecto de esta, se observa que los terrenos de la cúspide pertenecen al período trásico y los de la base y parte aragonesa, están formados por rocas que son del período jurásico.

En cuanto á la flora del Moncayo, el botánico encontrará diferentes plantas de uso medicinal que espontáneamente nacen en aquellos sitios; en las vertientes al S. O. podrá recoger la fior del árnica; cerca del Santuario crece el brezo y la verónica de los campos; al pié del monte podrá oler el aroma del orégano; á 4.000 piés de altura crece el enebro y en la cumbre el líquen; el acebo en la parte de Calcena; el chordón con su rojo fruto aromático en las partes bajas lindantes con la Aldehuela y Vozmediano: la doradilla en los sombríos; en las selvas las uvas de zorra, y por diferentes sitios el rosal blanco, la yerba de San Antonio, la oreja de monje, la imperatoria, el pié de gato, la manzanilla, la lapsana, el hipóqueris radicata, la pelosilla, la genciana, el sedum acie, la vara de oro, la digital, el acónito, la vistosa aquelegia, la eafrasia, la melisa de fior grande, la betonica, el falso escordio, la prima-

vera, el quenopodio, variedades de acedera, la ortiga mayor, el martagón, la hepática, el heleboro, el quitameriendas, la todabuena, la aliaria, la potentila, la arrancian-chopera, la retama purgante, el rebollo, el roble, la haya ó *fagus sylvanica* y la famosa carrasquilla; no faltando la grama de olor, el satirión, varios helechos y el culantrillo negro.

El zoólogo no ha de ver allí al coloreado jilguero, ni ha de buscar en aquellos picachos al astuto gorrión, ni al doméstico vencejo y menos aun al cantor de las dulces melodías; solamente hallará alguna incauta mariposa, pocos insectos, algunas culebras, el buitre en su misión de policía, venados, que ocupan encumbradas eminencias y saltan con ligereza los mas espantosos precipicios, y no pocos lobos que en tan apartadas regiones tienen sus guaridas.

Terminada esta correría; se regresa á hora conveniente de la tarde por el ancho sendero que conduce á Vozmediano, empleándose hora y media para llegar á este pueblo y una poco más de aquí á la villa de Agreda, punto de partida y terminación de tan curiosa excursión.

Adios, dice el expedicionario al despedirse de aquellas cimas pintorescas que le proporcionaron algunas horas de feliz aislamiento y de sencillos placeres y *adios* reproduce con sonido claro el eco de las alturas; *adios* repite el viajero, cuando baja la pendiente y frente á unas barreras de piedra y el eco repite distintamente; *adios!* Y no es una divinidad mofadora la que contesta, sino el genio cariñoso de la montaña que muestra su sentimiento por la ausencia de los huéspedes.

Aquél *adios* y aquél *eco*, siempre se recuerdan con placer.

CECILIO NUÑEZ.





## SAN SATURIO.



**E**n hombre en su vida advierte  
 Que es engañosa y ligera  
 Y meditó de esta suerte:  
 Solo despues de la muerte  
 Es la vida verdadera.

Honor, poder y nobleza  
 Holló con segura planta,  
 Dió á los pobres su riqueza,  
 Adornando el alma santa  
 Con voluntaria pobreza.

Al yermo y la soledad  
 En hábito penitente  
 Huyóse de la ciudad,  
 Teniendo constantemente  
 Su vista en la eternidad.

.....

Cien y cien generaciones  
 Desde aquél tiempo pasaron,  
 De sus glorias se olvidaron  
 Se borraron sus blasones  
 Y á Saturio recordaron.

En peñasco solitario  
 Que se levanta en la sierra  
 Donde su gruta se encierra  
 Se alza atrevido santuario  
 Venerado en esta tierra.

Todo Soria vá allí á orar,  
 Los unos á celebrar  
 Las gracias que han recibio  
 Y otros quizás á llorar  
 A los muertos que han querido.

Allí se oye solamente  
 El ruido de la corriente  
 Del Duero que se despeña,

Tal vez sollozo doliente  
 Del viento entre peña y peña.

¡Cuantas veces penetré  
 en aquél recinto santo!  
 ¡Cuantas veces me postré  
 Y mi nada medité  
 Con ojos turbios de llanto!

Al reflejo vacilante  
 De lámpara solitaria  
 Ante el severo semblante  
 Del santo, yo suplicante  
 Murmuraba mi plegaria.

Aquellos anacoretas  
 En la bóveda pintados  
 Parecíanme animados  
 Y aquellos santos profetas  
 de ardiente fuego inspirados.

Cruzaban mi pensamiento  
 En revuelta confusión  
 Esperanza ó desaliento  
 Y en tanto gemía el viento  
 Con melancólico son.

.....

Hoy tiemblo en llegar allí,  
 Aquellas rocas calizas  
 Recuerdos son para mí,  
 Temo avivar las cenizas  
 de los bienes que perdí.

.....

Si á lejos veo la ermita  
 Tiembla en mi párpado luego  
 Una lágrima bendita  
 Que marca un surco de fuego  
 En mi megilla marchita.





## Pastores, Artistas y Doctores.

Green algunos que la civilización y progreso de los pueblos dependen, casi puede decirse exclusivamente, de las ideas políticas en ellos dominantes. Y nosotros creemos por el contrario que éstas no influyen sino muy accidentalmente, y muchas veces en sentido opuesto á su bienestar intelectual, moral y material.

Independientemente del orden político, y por lo mismo que el hombre discurre y aguza su ingenio á medida de sus necesidades, se advertirá siempre mayor cultura y progreso, una civilización más adelantada en la clerical Bélgica, por ejemplo, que en las federales repúblicas de América; por la sencilla razón de que la población relativa es en estas mucho menor y el suelo incomparablemente más feraz que en aquella. Como tiene que ser, y por idénticas razones, mayor la cultura numantina que la de nuestras meridionales provincias andaluzas.

La afectada ignorancia de tan incontrovertibles datos tomados del natural, y la absurda y absolutista supeditación de este orden al meramente político ha hecho que una de las medidas, acaso la más ensalzada del régimen constitucional, cual es la *desamortización*, y que en Extramadura pudo ser beneficiosa, haya sido tan funesta para la provincia de Soria, que muy bien puede decirse vive hoy solo del recuerdo de lo pasado.

Destruida con aquella ley sin excepción la única fuente natural de su riqueza, que eran sus bien poblados montes y numerosos rebaños, y convertida repentinamente de pastoril en agrícola, la vemos hoy en las convulsiones de su larga y penosa agonía, sin montes, sin ganados y sin tierras de labor. No pudo detenerse en su rápida é inevitable transformación; pues los plazos eran perentorios, y el fisco no tiene entrañas. Así es que, pagados aquellos con la relativa feracidad de una tierra hasta entonces perpetuamente inculta desapareció ésta, quedando sólo riscos escarpados donde antes se alzaban encinas seculares, entre las que finísima hierba crecía, y jugueteaban ahitos innumerables rebaños.

Aunque destrozado por tan funesta medida, el clima y la índole peculiar de nuestro suelo no ha variado esencialmente. Por eso, si esta, ha sido siempre una tierra de pastores, cuanto más se tarde en volver al orden de su producción natural, más difícil y penoso será el retorno á nuestra inolvidable y anterior prosperidad.

No hay que decir, en vista de la creciente producción en carnes y lanas del Plata y de la Australia, que la competencia es imposible. Porque, prescindiendo de que la competencia verdaderamente imposible es en granos con la India, con Rusia y con el Norte de América, el hecho es que apenas si ha variado en el mundo el consumo de cereales en lo que va de siglo; al paso que el de carnes y lanas ha ido siempre en progresión ascendente. Con solo tener en cuenta los gastos de producción, se advierte que nunca podremos competir con las regiones naturalmente productoras de cereales, y muy pronto, si hacemos algún esfuerzo, con todas las de ganados.

Nuestra provincia es en general y por su naturaleza una región de pastores; y por eso queremos que la inmensa mayoría de sus habitantes dejen la esteba y la truequen lo antes posible por el cayado pastoril. Aunque esquilhada por su contraproducente agricultura, todavía es en el orden bucólico superior á la Pomerania. Y si en aquella fría y estéril región de la Prusia oriental pueden sus moradores vivir con relativo desahogo, ¿porqué no imitarles?

Verdad es que los pastores alemanes son tambien artistas; tanto que casi toda

la juguetería del mundo, y singularmente la que se expende en los renombrados comercios de los tiroleses, es debida á la incansable laboriosidad de los pastores germánicos; quienes, á la vez que apacientan sus rebaños no menos que en las veladas de su interminable invierno, se dedican á la confección más ó menos artística, según su ingenio, de esa inmensa variedad de juguetes que vienen á ser para los niños como un artículo de primera necesidad.

De aquí la ineludible urgencia de que en nuestra provincia, por su índole especial, haya tambien artistas, muchos artistas; y no solo artistas industriales para transformar las primeras materias de su producción natural, aprovechando al efecto la multitud de saltos de agua de sus rios y torrentes, sino tambien y acaso en mayor número artistas mecánicos.

No hay que oponer, como dificultad insuperable, la falta de medios rápidos y baratos de comunicación; porque tampoco existen para los que se llevan nuestras primeras materias y luego por las mismas vias nos las vuelven manufacturadas. Y aparte de que las habrá tanto mas pronto y bajo más sólidas bases cuanto más haya que exportar, el hecho es que para determinados artefactos lo de menos son las vias de comunicación, y lo de más su construcción.

Digámoslo muy claro. Si en nuestra misma capital, cuya existencia es tan anémica por lo que tiene de predominantemente oficial, en vez de cuatro casinos y otros tantos cafés, cuando con uno de cada clase habria de sobra, se estableciesen en su lugar algunos talleres de relojería y joyería por ejemplo, como existen en Suiza, muy pronto tendria la vida propia de que hoy carece. Como irradiándose luego á las cabezas de partido, haria de estas otros tantos centros de construcción, de prosperidad y de riqueza.

No faltan entre nosotros aptitudes. De lo que se carece es de hábitos de trabajo; y en este siglo positivista, en Soria menos que en parte alguna se puede vivir solo del recuerdo é insignificantes despojos de lo pasado. Los nueve meses de invierno que, según verídico y antiguo adagio, sufrimos aquí, nos dicen con irrefutable elocuencia que el trabajo en esta región tiene que ser forzosa y predominantemente urbano; es decir, *artístico* para la generalidad de los ingenios, y *científico* para los talentos superiores. Por eso, además de los artistas y pastores, queremos que en nuestra provincia haya tambien doctores.

Si la primera condición para las obras del génio, según el inmortal autor del Quijote, es el sosiego, si, para arrancar aun el más pequeño secreto á la naturaleza, es necesaria una gran fuerza de reflexión, absolutamente incompatible con el bullicio y repetidas impresiones del orden real, ¿qué extraño es que solo vivan en y para el campo los que con ligero esfuerzo de él obtienen su sustento? ¿qué extraño es, en sentido opuesto, que los que apenas pueden salir de su casa sin experimentar todos los rigores de la inclemencia, sin pisar sobre una gélida capa de nieve con que, á manera de blanco sudario, se cubre el suelo, vivan una vida por necesidad inmanente y reflexiva?

Si hubo un día en que la Sorbona y Salamanca fueron el centro del saber, es porque no había Universidades en regiones más pobres. Pero á medida que se fueron estableciendo en Oxford, Kenisberg, é Higeiberg, aquellas se fueron eclipsando y hoy se vé clarísimamente que prevalecen estas.

Se comprende que las ciencias experimentales sean cultivadas en las grandes poblaciones, en las que se encontrará siempre un medio ambiente mas adecuado á su peculiar objeto. Pero las ciencias racionales, y singularmente aquellas que como la Filosofía, las Matemáticas, la Jurisprudencia y la Filología, solo necesitan gran fuerza de reflexión, algun sencillo aparato y numerosas bibliotecas, se cultivarán siempre mejor en poblaciones de circunstancias idénticas á las de nuestra pobre capital.

Estas, por la misma esterilidad de su suelo, necesitan mas que otra alguna de la cultura intelectual. Y todo lo que tienda á fundar en ellas establecimientos de enseñanza, á fomentar los existentes, implicará tambien y por lo mismo un aumento proporcionado de su prosperidad y riqueza material.

Podremos equivocarnos; pero, atendidas las condiciones naturales de nuestra región, la índole de sus habitantes y la constante aspiración de todo hombre á mejorar su posición actual, creemos que los sorianos no podrán ver satisfecha tan noble aspiración si continúan siendo labradores; y que muy pronto la satisfarian si, según su clase, fuesen lo que en nuestro concepto deben ser; es decir, *Pastores, Artistas y Doctores*.



# PERICON

## CORONEL DE LAS TROPAS IMPERIALES.

(TRADICIÓN SORIANA.)

La verdad es que Pericón se ahogaba de corage. Aquella salida de su casa era para él como una sangría necesaria á un pletórico.

Porque Pericón tenía verdadera plétora de ódio á los franceses.

Aquellas conversaciones con el cura del lugar, bajo la campana inmensa de la cocina de su casa, aquellos relatos de tropelias y de crímenes, aquellas victorias heroicas obtenidas por un puñado de desarrapados sobre un ejército de veteranos, habían sido buena semilla, pero vaya, que no habían caído en tierra estéril.

Y si no allí estaba él capaz, de matar á un buey de un puñetazo y de mandar á resucitar á París á medio batallón de granaderos.

La verdad es que tenía en casa á su mugercita y dos chiquillos tan rubios y tan hermosos como los angelotes de la Iglesia; verdad era también que si él faltaba faltarian los tajones de leña y andarían mal las cosechas y conseguir el pan de aquellos infelices sería un problema.

Pero ¿quién demonios se acordaba de todo esto teniendo un mal caballejo en la cuadra y un espadón colgado á la cabecera de la cama? ¿quién pensaba en aquella mugercita fresca y colorada ni en aquellos muchachos de guedajas rubias, si no quedaba tiempo mas que para contar las fechorias de los *gabachos*.

Por eso Pericón había madrugado tanto aquél día, y callandito, callandito, mientras todos dormían en el pueblo, había ensillado el caballejo, se había colgado á la cintura el espadón y con más ánimos que el Cid y más afán de aventuras que Don Quijote, había cruzado al galope el antiquísimo puente y había emprendido el camino de Soria.

Después de todo, el hombre tenía formado un plan y como el plan resultara, ya no habría mas ciudades saqueadas, ni mas campos asolados, ni más franceses, ni más guerra.

El, derecho á Soria y con su espadón y sus puños, y la ayuda de Dios y la justicia de su causa á desafiar á Napoleón. ¿Que no estaba en Soria? Pues no había de faltar un general ó un coronel ó alguno que le trasladara el desafío. Y luego, que se presentara, que allí había un hombre para atreverse con él. ¿No era Napoleón la causa de todos aquellos trastornos? Pues lo que Pericón decía: muerto el perro se acabó la rábida.

\*\*\*

Cubiertos de sudor ginete y caballejo, traspusieron la loma que ocultaba la ciu-

dad á su vista; detúvose el animal en el alto para dar algún descanso á sus mal parados huesos y estendió el ginete su mirada, desde el cerro que ocupaba el castillo, fiel guardador de la Ciudad, hasta la hondonada en la que sobresalía el tono oscuro del vetusto palacio de Castejón; allá á la izquierda el torreón y las almenas del palacio del conde de Gómara y á su espalda la torre de la Iglesia en la que tan infructuosamente se han buscado los restos del inmortal autor de *La Niña boba*.

No era el protagonista de esta verídica historia muy ducho en las letras ni muy versado en las artes, así es que el único efecto que hizo en su ánimo la vista de la Ciudad, fué el de acrecentar su ódio al extranjero al pensar que castillo y palacios, casas y murallas, eran de su dominio y que sus habitantes lloraban bajo la opresión nada suave de los soldados del invasor.

—¡Perros, herejes, pillos y ladrones!, decía el hombre apretando convulsivamente el puño del mohoso espadón. ¡Permita Dios que acaben con vosotros, que se os lleven todos los demonios sin que quede un francés para contarlos!

Ya podían hablar en aquél momento á Pericón de su mujer y de sus hijos, de las apacibles veladas del hogar cuando él, rodeado de su familia, descansaba de las fatigas del día sentado en un banco de pino en su ennegrecida cocina, calentándose al amor del montón de tamaras que servía de velón y de estufa; que ni muger, ni hijos, ni dulces afecciones, ni hermosos recuerdos habían de desarmar su brazo ni de hacerle cejar en su empresa de ódio eterno á los franceses.

Y así fué que espoleó su cuártago, el que sacó fuerzas de flaqueza, y tomó un trotecillo de andadura, y más y más animoso volvió á emprender el camino de la Ciudad.

\*\*\*

Ya iba nuestro héroe á llegar al fin de su camino, ya llegaba á las puertas de la Ciudad, cuando salió por ellas vistoso escuadrón de coraceros imperiales.

Los reflejos del sol en las corazas y los cascos cegaron al principio al buen Pericón, pero apenas rehecho de la impresión primera, dirigióse al encuentro de la gente francesa todo lo de prisa que permitían los enflaquecidos remos de su corcel.

Sorprendióse la tropa á la vista de su extraño enemigo, que, sin parar en ello mientes, adelantóse á exponer su plan, erguida la cabeza, adelantado el robusto pecho y blandiendo en la diestra mano la vieja tizona.

Encaróse con el primer coracero que halló á mano y espetole un discurso salpimentado de insultos á los *gabachos* y á su jefe, al que terminó retando á sin igual batalla, ni más ni menos que un Orlando ó un Amadis.

Tomáronlo á chacota los coraceros hasta que irritado Pericón, comenzó á repartir á diestro y siniestro sendos golpes sobre los franceses que al fin hubieron de defenderse y apoderarse del héroe soriano.

Poco rato despues los coraceros franceses penetraban en la Ciudad llevando á su cabeza á guisa de jefe del destacamento, y convenientemente asegurado sobre su rocín, al bravo Pericón que con la mirada centellante y la frente erguida más parecía un vencedor que un prisionero.

\*\*\*

Al día siguiente, un cuerpo se balanceaba pendiente de la picota del campo de Santa Bárbara.

El pobre Pericón había pagado su heroicidad en la horca.

Poco tiempo despues, una muger jóven y hermosa y dos chiquillos rubios y sonrosados como los angelotes del retablo de una iglesia, lloraban silenciosamente junto al hogar sin fuego de una casucha del pinar.

Era la familia del héroe.

MARIANO GRANADOS.



Recuerdo de Soria de 1890.



Retablo de Nuestra Señora del Mirón,





## Á MI PATRIA.

¿Hubiera inspiración y yo cantara  
 Las mil glorias que encierra  
 La grandiosa y preclara  
 Historia de mi tierra,  
 De esta tierra bendita que debiera  
 No ser tan desgraciada.....  
 ¡Mas pobre pátria mía, pátria mía!  
 ¡Te tienen olvidada!  
 ¿Y por qué así te olvidan? ¿Desconocen  
 la brillante aureola de tu gloria,  
 De ese Sol de la tierra numantina  
 Que parece ilumina  
 Con sus rayos, el campo de la historia?

¿No saben que del Duero en la ribera  
 Y en la feráz campiña que se extiende  
 Desde Osma á San Esteban,  
 Los hijos del harén son derrotados  
 Por un puñado de hombres que acaudilla  
 Un varon esforzado,  
 Fernan Gonzalez, Conde de Castilla?  
 No lo sabrán quizás; pero aquél río  
 Que ténne se desliza  
 Por montes y por llanos,  
 El recuerdo conserva de la liza  
 En do vencida fué la hueste mora  
 Por viejos castellanos,  
 Que á la vuelta á su hogar, tan solo llevan  
 Los laureles, trofeos y pendones  
 Ganados en Gormáz y San Esteban.

¿Acaso ignoran ó quizá no saben  
 Que en Calatañazor se eclipsa el brillo  
 De un ilustre caudillo,  
 Del célebre Almanzor, el cual creia  
 Imposible perder una batalla  
 Y el nombre victorioso que tenía?

¿No sabrán que esas rocas gigantes  
que doquier se levantan,  
Testigos mudos son de cien peleas;  
Y esas escuetas sierras  
Teatro triste fueron  
De rudos choques y sangrientas guerras?

—  
¿Y no saben tampoco que en tu suelo  
Se alzaban algún día  
Erga, Visontium, Segeda, Setubia,  
Augustóbriga, Arégrada, Lutia,  
Teucris y Uxama, Arcóbriga y Termancia  
Y aquella que del mundo fué el asombro,  
La sin igual *Numancia*?

—  
Pues sépanlo desde hoy y á tu memoria  
Dediquen las canciones que reclama  
aquella fama ilustre de tu gloria  
Y aquella gloria ilustre de tu fama.

RICARDO TOVAR LARRUBIA.





## SAN SATURIO Y SAN PRUDENCIO.

Corría el año de gracia 559.—Al crudo y frío invierno había sucedido la suave y templada primavera. Todavía las cumbres de la sierra estaban coronadas de nieve, que el soplo del viento y los rayos del sol fundían en pequeñas gotas, y el declive del terreno y su propio peso, y el empuje de otras y otras que pugnaban por bajar hacíalas descender rápidamente al fondo del valle; formando hermosos hilos de cristalinas aguas, que, encauzadas en el arroyo, corrían bulliciosas á mezclarse con las del río, que engrosado por estos temporales afluentes, elevaba sus aguas muy por encima de su nivel ordinario.

A la caída de una tarde apacible, caminaba entre los árboles que poblaban, en aquella sazón, la margen derecha del Duero, un mancebo como de edad de catorce á quince años. Su continente era noble y su rostro agraciado, llevaba la cabeza inclinada sobre el pecho y parecía dominado por un pensamiento grave, ó por una resolución inquebrantable. Movíanse sus labios con rapidez, como si orara fervorosamente, á veces levantaba los ojos al cielo y su mirada, que velaba ordinariamente una dulce melancolía, tenía entonces destellos de inefable ternura. Abismado en sus pensamientos ó abstraído en la oración, no echó de ver, que la noche iba cubriendo con su negro manto el horizonte, que las tinieblas se apoderaban de la tierra y que solo en los confines del Occidente se veía la ténue luz del crepúsculo que por momentos se extinguía y al darse cuenta de su situación se encontró solo, de noche y en despoblado. Miró á todas partes y allá á lo lejos le pareció ver un bulto informe como si fuera un edificio. Dirigió sus pasos hacia él que en efecto era un molino donde alojó aquella noche y trabando conversación con los que habían ido á moler sus granos, oyo alabar y ponderar mucho la virtud de un Santo Ermitaño, que habitaba, una cueva á la otra parte del río. Digéronle que Saturio, así se llama el Ermitaño, oriundo de Suetoria ó Soria y de la noble sangre de los godos, educado con esmero por sus cristianos padres, adelantó mucho en la piedad y en las letras; pero que habiendo quedado huérfano y dueño de cuantiosos bienes y conociendo la vanidad de las cosas terrenas, habíase propuesto seguir la áspera senda de la perfección cristiana y al efecto vendió su patrimonio, distribuyó su producto en limosnas á los pobres, se retiró á la sierra blanca, que desde allí se veía, donde había edificado un altar en honor del Arcangel San Miguel, junto al cual vivía en una cueva, alimentándose de las raíces de la yerbas que en la montaña crecían y del

fruto de los árboles silvestres; siendo su bebida el agua del Duero ó la de una fuente que á su margen brotaba.

Como el jóven oyera la relación de esta vida llena de aspereza y de privaciones, y tan encaminada á la perfección, á que él tambien aspiraba, porque sentía allá en el fondo de su ser un veheméntísimo deseo de unirse íntimamente con Dios, que podríamos llamar nostalgia del Cielo, y un sentimiento profundo de desprecio al mundo, sus pompas y vanidades, decidió en su corazón, ver al Santo Varón y rogarle se dignase admitirlo como discípulo. Y en efecto, la del alba sería cuando, habiendo dicho adios á aquellas buenas gentes, echó á andar por la orilla del río, fijos los ojos siempre en la sierra blanca, que con la eminencia sobre la que se levanta el castillo de la ciudad forma un valle hondo por donde corrían espumosas las aguas del Duero. Acertó á divisar en lo más abrupto de la montaña la cueva del Santo y lleno de júbilo comenzó á cantar los salmos de penitencia, buscando entre tanto un sitio, por donde poder vadear el río, cuando he ahí que Saturio salió á orar á la explanada que formaba la entrada de su gruta y al ver la actitud de aquél jóven, que parecía querer pasar el río á la sazón muy pujado, movido de su caridad, se subió sobre una peña y comenzó á grandes voces á disuadir al muchacho de su temeraria empresa; pero este, apenas hirió sus oídos la voz del Santo Ermitaño, sintió como una fuerza secreta y poderosa que le impulsaba á dirigirse hacia donde estaba aquel Santo Varón y encomendándose muy de veras á Dios y poniendo en él su confianza, se deslizó hasta tocar con sus piés el agua, le pareció que oponía resistencia, enderezóse y comenzó á caminar sobre ella sin sumergirse; de este modo pasó á pié enjuto de una á otra orilla.

Lleno de admiración miraba Saturio lo que acaecía y cuando el jóven subió con mucho trabajo á la eminencia donde estaba la gruta y le vió arrojarle á sus piés y besarlos humedeciéndolos con sus lágrimas, pidiéndole con voz entrecortada por los sollozos su bendición, se arrojó á los del jóven demandándole con muchas instancias en medio de grandes suspiros y abundantes lágrimas se dignara bendecirle. Así estuvieron un buen trecho pidiéndose mutuamente la bendición. Venció en la porfía el jóven; y Saturio puesto de pié, le alzó del suelo y abrazándole con efusión le bendijo; tomóle después por la mano y lo introdujo en su cueva y allí oraron con mucho fervor delante de la Santa Imagen y cuando se levantaron Saturio pidió al jóven nuevas de sí, de su patria y de su familia, y este para satisfacer la curiosidad del anciano dijo: Mi nombre es Prudencio, mi patria la noble Vasconia y Armencia la ciudad donde tuve la dicha de venir al mundo de padres mas nobles por su piedad y religión que por su linage, y por este eran mucho. Mamé la piedad con la leche de mi madre y cuando ya mayorcito me hablaban de Dios, ó ponían ante mis ojos la triste imagen de J. C. muerto en afrentoso suplicio por redimirnos, sentía derretirse mi alma en dulces deliquios de amor. Amaba al Señor con todas mis fuerzas, con todo mi corazón, con toda mi alma y este amor era mi vida. Poco á poco fué apoderándose de mi una dulce melancolia, me hastiaba el mundo, y buscaba la soledad para derramar mi corazón en presencia de Dios; y cuando oraba parecía-me percibir una voz, dulce unas veces como el soplo del viento cuando roza ligeramente las hojas de los árboles, terrible otras como el retumbar del trueno, que me llamaba al desierto, que invitaba á dejar mis padres y mis hermanos, para ir en pos de quien así me hablaba y el eco de esta voz repercutía constantemente en el fondo de mi alma, sentíame movido por un impulso, á que no podía sustraerme, seguile, me separé de mis cariñosos padres y el Señor me ha deparado la dicha de conoceros y de poder rogaros, como puesto de hinojos lo hago; que me admitais por vuestro discípulo, que me amaestreis en las cosas divinas. que me mostreis la senda de la perfección y me encamineis por ella.

Mucho holgó nuestro Santo oír expresarse de aquella manera á un jóven en tan tierna edad y resolvió admitirle en su compañía, orar con él, mostrárle la senda áspera de la perfección cristiana y doctrinarle en las Sagradas Letras.

Siete años vivieron juntos Saturio y Prudencio, el anciano maravillándose de las virtudes que cada día descubría en el adolescente y este procurando imitar las de su amado maestro. La oración, el estudio y la meditación eran su ocupación constante, su vida frugal, el sueño ligero, las vigiliass continuas y las asperezas muchas.

Y el Señor, que ha prometido no dejar sin recompensa ni aun el vaso de agua dado en su nombre, derramó tal abundancia de celestiales delicias en el alma de sus

siervos, que trocaron sus asperezas en espiritual dulcedumbre, sus austeridades y trabajos, su pobreza y necesidad en contentamiento dulcísimo é inefable.

Conoció Saturio, al finalizar el séptimo año de vivir en compañine de Prudencio, que llegaba su último día, sintió acercarse la muerte para la que se había preparado con 36 años de vida eremítica, llamó á Prudencio, exhortóle á perseverar en la práctica de las virtudes, le ordenó lo que había de hacer despues de la muerte y cuando llegó la hora de dejar este valle de lágrimas levantó su ojos al cielo y, en medio de ardiente plegaria, espiró.

Prudencio siguiendo las instrucciones de su maestro, colocó su cuerpo decentemente en la gruta, cuya entrada tabicó y fué á Calahorra donde predicó el evangelio, logrando convertir muchos gentiles; desde allí la humildad le obligó á pasar á Tarazona donde recibió las Sagradas Ordenes y de cuya Iglesia fué dignísimo Prelado.

Soria comenzó entonces á experimentar los favores que Dios otorgaba por intercesión del Santo Ermitaño; multitud de prodigios y curaciones milagrosas le conciliaron la fama de santidad y cuando llegó á oídos del celeberrimo y Santo Obispo de Tarazona el rumor de estos hechos sobrenaturales resolvió canonizarle en el modo y forma que usaba entonces la Iglesia y á este efecto vino, hizo abrir la puerta de la gruta que él tabicara en otro tiempo, sacó de allí el cuerpo de su maestro y lo expuso á la adoración de los fieles. Desde entonces los sorianos veneran á su paisano y despues de trece siglos, con el mismo fervor y la misma confianza que sus antepasados acuden á él en demanda de remedio en sus enfermedades, de consuelo en sus aficciones y de auxilio en las múltiples necesidades de la vida.

GREGORIO MARÍA GAMARRA.







# A Soria

Aun no hace mucho tiempo en que por vez primera  
De mi destino el hada condújome hasta aquí,  
Y aunque cruzo tu suelo cual ave viajera  
Siento mi alma llena de inmenso amor por tí.

Que si ostentar no puedes los templos portentosos  
Que á la moderna industria se alzan por doquier;  
Si no tienes museos que muestre á los curiosos  
Del arte los primores, las joyas del ayer;

Si no rasga tus aires el estridente aullido,  
Ni cruza tus llanuras el monstruo de vapor;  
Si para tí no existe más que desdén y olvido  
Y tu brillante historia nadie recuerda hoy.....

Aun tienes elevadas montañas de granito  
De cimas gigantescas que van del cielo en pos,  
Cual si servir quisieran de escala al infinito  
O del hombre, las preces, llevar hasta su Dios.

Y ruinas, que pregonan al mundo la grandeza  
Que en época lejana te dió gloria inmortal.....  
Y miles de mujeres de célica belleza  
Con ojos, como el cielo, de lánguido mirar.

Y un rio que cual broche de reluciente plata  
Tús pies sumiso ciñe y en murmullos de amor,  
Al par que serpentea y en ondas se dilata  
Es de tu pátria historia, eterno trovador.

Aun fulgura en tu cielo de sin igual belleza,  
Con vivos resplandores de luz el almo sol,  
Sin que se empañe nunca su nítida pureza  
Con el oscuro y denso aliento del vapor.

.....  
¡Tal vez de tí mi estrella, cruel, me aparte un día!  
¡Quizás tu hermoso cielo, ya nunca más veré....!  
¡Más en el hondo seno de la memoria mía,  
Con letras indelebles, tu nombre grabaré!



## Á LA CIUDAD DE SORIA.


  
 Cuando veo reducidos tus muros y tu soberbio Alcázar á informe monton de ruinas; cuando considero que cualquier provincia podría hacerse rica con los hermosos mosaicos y demás emblemas de tu gloriosa historia, abandonados por doquier, y á tí te encuentro pobre; cuando contemplo tus empinadas sierras que parecen altivas y estratégicas atalayas encargadas de vigilar por la independencía pátria; de cuyas entrañas brotan rios que, á penas nacidos, corren fugitivos á fertilizar otras provincias hermanas; cuando miro estériles y desiertas grandes comarcas, coronadas antes por encinas seculares y provistas de abundantes pastos; cuando solo siento el silencio y la muerte allí donde se escuchaba poco ha el sonido de la pastoril dulzaina, el alegre canto de las zagalas, el ruidoso concierto de los esquilones y el ladrido de los perros, vigilantes fieles de los inmensos rebaños de merinas que daban celos al mundo por sus incomparables lanas; cuando recorro tu antiguo pinar grande, cuyos gigantescos árboles parecían teléfonos campestres ideados por la Naturaleza para que el Cielo y la tierra pudieran cambiar coloquios de amor, y lo encuentro casi reducido á cenizas por obra de incomprensible avaricia, infame quizá; cuando paso por la famosa granja de Matamala—cuna de mis adorados antecesores, testigo de mis alegrías y de mis doradas ilusiones infantiles y sepulcro ahora de pedazos de mi corazón—y encuentro talado el antiguo monte, erial la tierra y casi derruido y desierto el hermoso caserío en donde mis abuelos, modestos labradores, tenían siempre preparado cariñoso hospedaje á todos los amigos y hospitalario albergue á todos los pobres; cuando discurro por tus calles y paseos y no encuentro en parte alguna ni un edificio que denuncie moderna industria, ni un templo, ni un asilo levantados por manos caritativas y generosas en aras de la enseñanza ó de la caridad..... Cuando veo en fin tanta desdicha y pobreza tanta, no puedo menos de exclamar: Pero ¡Dios mio! ¿será posible que no habiendo quien te exceda ni quizá quien te iguale en amor de madre, ni en amor de hermana, ni menos en amor de hija para con la madre pátria, ni aun como cariñosa ciudad hospitalaria para con tus huéspedes, será posible, decía, que solo encuentres como recompensa á tus envidiables virtudes y á tus servicios eminentes la ingratitude, el desprecio y la postergación?

Pero no desmayes, ciudad querida; que si el presente te es adverso no puede ser no será, ciertamente, lo mismo el porvenir. ¿Quién es capaz de saber lo que el destino reserva á tu futura historia? Acaso encuentres, yo no lo dudo, entre tus hijos, en los más olvidados quizá, los destinados á exigir y obtener la justicia que mereces; que si es verdad que en el mundo nada se pierde, ni un átomo ni una idea, no es posible que se hayan perdido para siempre los destellos de tu acrisolada fama ni los de tus incomparables virtudes cívicas.

Ahí están para dejarme airoso en mis pronósticos, dos distinguidos sorianos, don Nicolás Rabal y D. Ecequiel Tejero, amantísimos hijos tuyos: El primero ha perdido la salud y parte de su escasa fortuna y ha trocado la tranquilidad y las comodidades de su casa por una vida de sufrimientos y de penosas aventuras, sin otro móvil que el de dar á conocer al mundo tu pasada grandeza, siendo el mejor y el mas justo elogio que de él puede hacerse el de reconocer y declarar, que el insigne monumento histórico que ha levantado en tu honor, es digno, por todos conceptos, de tus incomparables merecimientos.

El segundo, guiado igualmente por un cariño entrañable á su país y dotado de espíritu verdaderamente democrático, acaba de abrir junto á tus muros, en su pueblo natal, un templo á la enseñanza y por consiguiente á la moral con letra abierta para aumentar los gastos en proporción de las necesidades. ¡Plegue al cielo que esta noble conducta de dos de tus hijos sea imitada por otros!

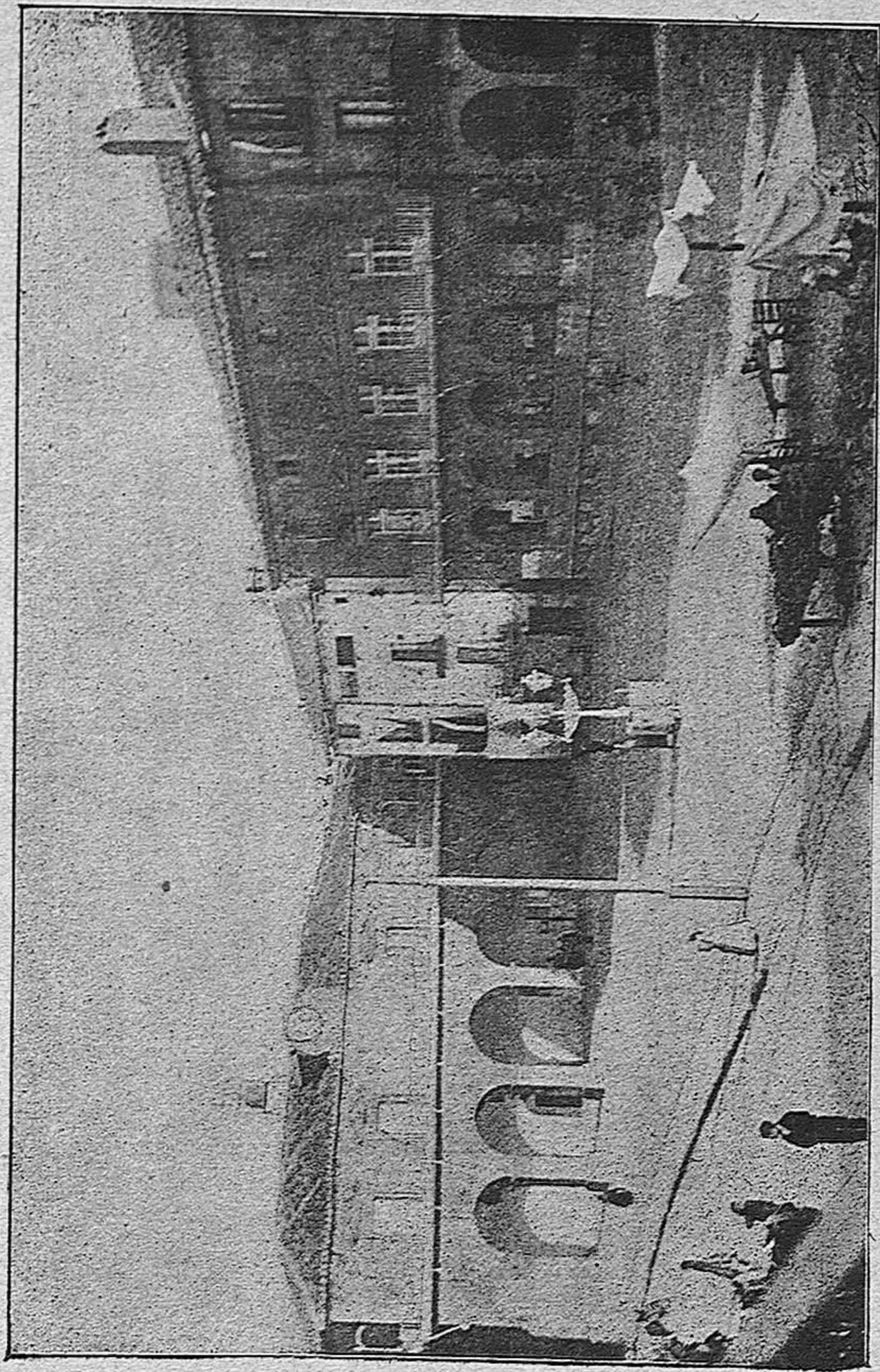
En cuantas naciones he visitado en todas he visto; fuentes públicas, asilos para huérfanos, casas de misericordia para recojer á infelices mujeres á quienes la familia ó la sociedad repudia por ciertas desdichas así como á sus inocentes hijos; hospitales modelos, escuelas de distintas clases; todo constricto y sostenido con donativos dados *ad hoc* algunos de los cuales han reunido un capital con el sobrante de su renta empleándolo á su vez en otra obra de caridad. Esta es la manera de servir y amar á Dios, bastante mas moral en mi entender que la que siguen otras personas que se juzgan piadosas y se enriquecen con la usura ó con otros procedimientos más infames; si cabe, y creen, espontáneamente ó por sugestión, que se lava su mancha ante Dios dando el dinero del prójimo al diablo.

Yo vería, mas que con satisfacción con orgullo, que si no extraños, algunos de tus afortunados hijos imitaran la noble conducta de los dos ya mencionados, bien con la construcción de obras como las descritas, ya con otras de menor cuantía como son: aumentar el caudal de aguas potables para las necesidades de la Ciudad; colocar filtros apropiados para evitar la explosión de muchas enfermedades gravísimas, como el cólera, tifoideas y otras; crear un Instituto de vacunación á semejanza de los de Alemania para no temer poco ni mucho á la viruela; construir una sala de operaciones en el hospital cívico-militar, dependencia absolutamente indispensable para ejercer la cirugía con la seguridad que la ciencia exige hoy, y tantas otras que mejorarían tus condiciones de higiene y de cultura y pondrían á tus hijos á cubierto de frecuentes peligros de muerte.

Por mi parte, prometo que ayudaría á los fundadores y á mis ilustrados compañeros, poniendo á su disposición mi escaso saber y mi cooperación material en cuanto me lo permitieran mis atenciones. ¡Y qué menos debiera hacer en obsequio tuyo, ciudad querida, cuando has sido la cuna donde me sorprendieron los primeros albores de mi vida de estudiante y donde comencé á deletrear las primeras palabras de la ciencia! La gratitud que por ello te debo es infinita, como es inmenso el cariño que profeso á mis sábios maestros (todos ellos, excepto el Sr. Cerain, perdidos para siempre), á mis condiscípulos de entonces, algunos profesores ilustres hoy del Instituto, y á mis numerosos y siempre predilectos amigos de Soria.

C. LÁZARO ADRADAS.

Recuerdo de Soria de 1890.



SORIA.—Plaza Mayor.





## AL MONCAYO.

De tu alta cima en las estribaciones  
 á mis ojos llegó la luz primera;  
 antorcha de mi infancia placentera  
 en medio de risueñas ilusiones;  
 hoy recuerdo proscripto á otras regiones  
 de tu cumbre la blanca cabellera  
 donde el poeta Becquer concibiera  
 del génio las sublimes creaciones.  
 Ofreces á la mente adormecida  
 gratos recuerdos de la pátria hermosa  
 que cuanto mas distante es mas querida:  
 Ay! quien pudiera ¡Oh tierra cariñosa  
 al instante postrero de mi vida  
 como en tí hallé mi cuna, hallar mi fosa!

RAIMUNDO BARRANCO.

## AL CASTILLO DE GORMAZ.

Como el hombre de ciencia que gigante  
 tras cien generaciones se levanta  
 y á todas ellas su doctrina encanta  
 por su fuerza especial, siempre pujante.....  
 Como el ser milagroso que constante  
 su mágico poder tanto abrillanta  
 predicando con fé doctrina santa  
 que cree y que practica fiel y amante.....

Así tú, Castillo inespugnable,  
 tu grandeza publicas hoy en día  
 mostrándote tan fuerte y vigoroso;  
 recuerdo para siempre perdurable,  
 de la fé porque entonces se moría,  
 de arábico poder primer coloso.

MATEO PÉREZ Y GONZALEZ.





## NUESTROS GRABADOS.

### SORIA—Vista general.

Esta vista, tomada desde el Castillo, comprende la mayor parte del casco de la población: de N. á S. desde la Iglesia de la Merced hasta la de San Juan, de E. á O. desde la Iglesia del Cármen hasta el paseo que sirve de límite á la población por el lado opuesto.

Por otra parte, la altura del punto desde el que está tomada, la presenta casi á vista de pájaro, descollando entre la apiñada masa del caserío, además de los edificios ya citados, los románicos templos de Nuestra Señora de la Mayor y de Santo Domingo, y en el término principal la fachada y torre greco-romanas del monumental Palacio de los Condes de Gómara.

### NUMANCIA—Copia del cuadro de D. Alejo Vera.

Difícilmente se hallará un asunto tan adecuado á la índole de esta publicación como el que reproduce este fotograbado.

El lector recordará que en la Exposición de Bellas Artes de 1881, un pintor que hasta entonces había mostrado preferencia por la pintura religiosa, D. Alejo Vera, presentó un notable lienzo histórico, titulado *Numancia*, en el cual, con mano maestra, traza un episodio del último día de la famosa ciudad celtibera.

Nada diremos acerca de esta obra de arte, á la que los críticos y el público inteligente tributaron su aplauso, que el Jurado sancionó otorgándole una medalla de segunda clase. Nos limitaremos á hacer una breve explicación de la misma.

Un grupo de legionarios invade el recinto amurallado, despues de incendiar y derribar una de las puertas y en sus semblantes y actitudes se pintan admirablemente los diversos sentimientos de odio y á la vez de temor hacia el terrible enemigo, y de horror ante el cuadro de muerte que á su vista se ofrece.

Un numantino moribundo, con semblante airado y ademán enérgico, invita á los romanos á que tomen posesión del montón de cadáveres y escombros que arden en inmensa hoguera, señalando con la mano la negra columna de humo que se eleva y estiende sobre la ciudad; otro se hunde la espada en el pecho, al lado de los cadáveres de su muger é hijo; un tercer guerrero vuelve la vista horrorizado de un anciano arrodillado, quizás su padre, que le implora la muerte, mientras á su lado, una robusta matrona, su muger tal vez, apura con mano segura la copa de veneno.

### Vista exterior de la Ermita de San Saturio y sus cercanías.

Este fotograbado dá idea de la extraña posición de la ermita de San Saturio, asentada sobre una roca á mitad de la falda Poniente de la Sierra de Santa Ana, que baña en su base el rio Duero.

La Ermita del Santo es de planta octogonal con paramentos exteriores de bien

trabada mampostería flanqueados sus ángulos por contrafuertes de sillería de arenisca, que contrarestan el empuje de la bóveda, y de la misma fábrica son las jambas y dinteles de las ventanas.

Ciñe el edificio una cornisa también de sillería, en la que terminan los muros exteriores de la Capilla, sobre uno de los cuales carga una espadaña de ladrillo de dos cuerpos, y rematan los contrafuertes en pirámides de piedra con bolas, coronando el edificio un airoso cupulín empizarrado.

#### Retablo de San Saturio.

Poco tiene que describir este retablo. Un arco de medio punto profusamente decorado cobija la imagen del Patrón de Soria.

La piedad ha adornado con multitud de votos este monumento, sobradamente adornado ya por el artista.

Pilastras con capiteles corintios dividen los muros de la estancia en ocho compartimentos, corre la cornisa por todo el ámbito del templo, sobre la que estriba una bóveda de aristeros que termina en una linterna.

Los muros, pilastras, fajas, resaltos y bóveda están cubiertos de hermosos frescos trazados por el hábil pincel de Zapata, discípulo de Jordans, de los que da muestra el grabado en la parte superior del compartimento que ocupa el retablo, donde aparecen representadas las virtudes teologales, y en el inmediato de la derecha, que tiene por asunto la canonización del Santo por San Prudencio.

#### Retablo de Nuestra Señora del Mirón.

Refleja con exactitud el carácter dominante en la arquitectura en los primeros años de siglo XVIII. Sobre ménsulas formadas por ángeles exornados con profusión de talia, cargan los retorcidos fustes de cuatro columnas salomónicas que rematan en capiteles corintios, algo convencionales, en los que descansa la cornisa arquivada de mediano vuelo. Llena el semicírculo hasta el intradós de la bóveda de la iglesia, el segundo cuerpo adornado con dos estípites que cargan á plomo sobre las dos columnas centrales del primero; los tableros intermedios están decorados con exuberancia de follaje, terminando en una fila de casetones de menuda labor.

En el intercolumnio central, bajo arco de medio punto, está colocada la imagen de la Virgen del Mirón, y en los lados de la Epístola y del Evangelio respectivamente las de San Joaquín y San José, en nichos semicirculares bajo doseletes de escaso valor.

#### SORIA.—Plaza Mayor.

Este grabado reproduce una vista fotográfica del ángulo S. E. de la Plaza Mayor, formado por los edificios de la antigua casa de Ayuntamiento, hoy Audiencia, y de la llamada casa de los Linages. Vamos á describirlos brevemente, empezando por el citado en primer lugar.

Sobre robustas pilastras voltean arcos de medio punto, corre por encima de estos una cornisa de poco vuelo, sobre la cual y sobre jabalcones de hierro, descansa el balcón corrido que ocupa toda la fachada.

Hállase esta rasgada por cuatro vanos correspondientes á los del pórtico, faltando el central que se tabicó al colocarse el reloj que sirve de remate al edificio; van adornados con jambas de poco gusto y coronados por frontones triangulares, á poca altura de los cuales corre la cornisa superior.

La casa de los Linages es de arquitectura semejante á la anterior; cornisa y balcón corrido, vanos con sus correspondientes frontones triangulares adornados en sus extremos con pirámides de piedra terminadas en bolas y en los ápices también con bolas; sobre estos, y en correspondencia, ventanas, y á poca más altura la cornisa en que termina.

En el centro de la fachada y sobre el cortado frontón que corona el vano central, campea el escudo de los doce Linages, de mediana ejecución.

ENRIQUE RAMÍREZ.







